

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12. — N° 39.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Bendicion de las lagunas Pontinas; grabado. — Una excursion estudiantina. — Fábula. — Los conventos de Lima, y santa Rosa, patrona de las Américas; grabados. — Historia de la semana. — Los talismanes. — Grado superior del calorico para fundir. — Corridos de toros en Francia; grabados. — Las bodas de Camacho; grabado. — Si-Djoha, el bufon árabe. — Historia de una campana. — La pesca de la sardina; grabados. — Boletín científico. — El buque submarino ó de bazo, y su aplicacion á la guerra marítima. — Lava fusible. — El Havre; grabado. — Descripción del bordado.

Bendicion de las lagunas Pontinas.

En las montañas Volscas, hácia donde estas vienen á perderse en las lagunas Pontinas, entre Sezza y la famosa madriguera de malhechores de Sorino, se encuentra una roca que el pueblo sigue llamando todavía la roca de Sixto V. Desde este punto se descubren las montañas de Terracina, el cabo de Crieca y el mar que limita esta desolada llanura. Allí fué donde el papa Sixto V despues de hacer numerosos trabajos para el desagüe del terreno, se presentó con gran solemnidad,

acompañado de toda su corte pontificia, y consagró su obra con la bendicion papal el año de su muerte de 1590. A la noticia de esta ceremonia, única en aquellos contornos, acudió una multitud de gente de todas partes y sobre todo de los alrededores. Los malhechores que entonces mas que ahora infestaban el país, atraídos por la esperanza de la absolucion, se presentaron entregando las armas y los objetos que poco ántes habian robado.

Tal es el asunto del cuadro de M. Lehmann que reproducimos por medio del buril. En el centro del cua-



Bendicion de las lagunas Pontinas.

dro, bajo un palio conducido por los canónigos de la catedral de Sezza, el papa levanta sus manos al cielo.

A su alrededor se ven los cardenales, los obispos, el que lleva la cruz, montado sobre una mula blanca, los diáconos, que inciensan los niños del coro que desparan flores, y los suizos de la guardia.

Desde la ciudad de Sorino, que se percibe en la roca, una inmensa muchedumbre se lanza hacia la ceremonia sin que la fila de alabardas baste á contenerla. Entre los grupos que figuran á la derecha se ve una jóven que, sostenida por su madre y por su hermano, está afectada de la fiebre de los pantanos; mas adelante el señor de Sezza y su prometida esposa vienen á hacer bendecir su union. A la izquierda están los ladrones arrepentidos y sus mujeres implorando el perdon de los padres en nombre de la inocencia de sus hijos.

La estudiantina.

Aunque he dicho que nuestro insigne panderetero se había enamorado de la criada de la consabida fonda (la fonda de los 10,000 reis) debo declarar que ignorábamos todavía esta circunstancia cuando Matías se separó de nosotros diciéndonos que éramos la causa del suicidio de D. Bruno; de modo que carecíamos hasta de este preciosísimo dato para encontrar á nuestro camarada separado bruscamente de nuestra compañía. Quince días pasamos en inútiles averiguaciones, y al fin persuadidos de que Matías había resuelto no volver á nuestro gremio, cuando no hubiera hecho alguna locura como la de su amo, decidimos regresar á nuestra predilecta ciudad de Salamanca.

Escusado me parece decir que en cada uno de los quince días transcurridos desde la desaparición de Matías hasta aquel en que se trató de nuestro regreso, habíamos tenido quince discusiones dirigidas todas á investigar la parte directa ó indirecta que habíamos tenido en el suicidio de D. Bruno, concluyendo siempre por lavarnos las manos acerca de aquel deplorable suceso. Sin embargo, como una acusación, por infundada que sea, marca siempre alguna huella en la imaginación suspicaz del hombre, llegamos á mirarnos mutuamente con cierto recelo, y es posible que en los tiempos del fanatismo y de la inquisición hubiéramos acabado por hacernos quemar vivos los unos á los otros. Esto no impedía que á las horas de costumbre tomásemos nuestras guitarras, flauta y violín, y fuésemos á engrosar nuestra pacotilla explotando el efecto mágico que los cantos andaluces producen en los habitantes de Lisboa. Esto era lo único que en parte podía compensar en nosotros la pérdida de Matías y la de nuestra recíproca confianza, pues vivíamos en un estado de continua alarma, sospechando los unos de los otros desde que cada uno atribuía á los demás cierta participación culpable en el suicidio de D. Bruno. Esta preocupación llegó á tomar tal cuerpo en todos nosotros, que pedimos habitaciones separadas, y aun así nos levantábamos sobresaltados, profiriendo palabras injuriosas ó demandando auxilio á la vecindad que creyó que nos habíamos vuelto locos.

Llegó por fin la víspera del día en que debíamos emprender la contramarcha, y convenimos en celebrar nuestra partida en la *Fonda de los diez mil reis*.

Habíamos almorzado tarde aquel día; nuestra comida debía por lo tanto tener honores de cena, y así fué, pues eran mas de las nueve cuando nos sentamos á la mesa, y mas de las doce cuando nos levantamos, si bien debo decir que el último tercio de tiempo de nuestra estancia en la fonda no lo empleamos en comer, sino en oír una historia que nos interesó desde luego, y que quiero reproducir aquí con permiso de mis lectores.

Fué el caso que á eso de las once, cuando ya no quedaba en la fonda mas gente que nosotros y la jóven que nos había servido, esta se acercó á nosotros, y no sin gran esfuerzo para vencer su natural rubor, nos preguntó por el compañero que nos faltaba. Dijímosla que había desaparecido, y ella nos consoló manifestando que le había visto atravesar varias veces por su calle, despojado del hábito estudiantil. Esto nos dió la esperanza de encontrar á Matías y el gusto de entablar conversación con la jóven, que por su conducta nos había llamado la atención tanto como por sus gracias personales.

— ¿Sabe Vd., amiga, la dije yo, que habla Vd. el español tan bien como nosotros?

— Eso no tiene nada de extraño, contestó la jóven.

— Sin embargo, los portugueses, aunque entienden generalmente el castellano, suelen tener alguna dificultad para pronunciarlo tan bien como Vd.

— ¿Y quién le ha dicho á Vd. que yo sea portuguesa?

— ¡Bravo! exclamé yo; ¿con qué por lo visto es Vd. paisana nuestra?

— En Lisboa, dijo ella, soy paisana de todos ustedes, porque todos los españoles somos paisanos en tierra extranjera. En España creo que ninguno de ustedes podría llamarse con propiedad paisano mio mas que Matías, y este hasta cierto punto.

Cada palabra de la jóven era un nuevo descubrimiento para nosotros, y cada descubrimiento aumentaba en nosotros la impresión del asombro que parecía perseguirnos desde el día en que resolvimos salir de Salamanca.

— ¡Es posible! dijimos á una voz todos los estudiantes.

— ¡Y tan posible! contestó ella; como que el pobre Matías tardaría en reconocerme lo que yo tardase en recordarle un hecho bastante doloroso por cierto.

Y los ojos de la jóven se humedecieron al pronunciar estas palabras.

— Pero entonces, dijo uno de mis compañeros, ¿por qué ha llevado Vd. su timidez ó su reserva hasta el punto de no darse á conocer á su paisano el día que vino á comer con nosotros?

— ¡Ah! respondió la jóven; ¿por qué...? ¿quién sabe si el afecto que empezó á mostrarme en sus miradas se hubiera cambiado inmediatamente en desden?

— Sin embargo, objetó mi compañero, aunque Vd. se vea en la humilde condición de criada, no por eso dejaría de ser acreedora al aprecio de todos nosotros, y principalmente de Matías, que á sus ideas nada aristocráticas, reúne la circunstancia de ser un pobre criado también.

— ¡Calle Vd.! dijo la jóven; ¿Matías, el hijo del primer propietario de Peñaranda está sirviendo?

Todos ignorábamos los antecedentes de nuestro compañero, de modo, que no pudimos contestar á la pregunta, pero para consolar á la jóven, que parecía un poco affigida con la noticia, yo me apresuré á manifestarle que Matías acababa de heredar una pingüe fortuna y ¡cosa rara! esta noticia produjo mayor desconuelo que la anterior en la jóven cuyo corazón se violentaba para manifestar una alegría que estaba lejos de experimentar. Digamos de una vez que aquella pobre muchacha había empezado á sentir alguna inclinación amorosa hacia Matías á quien osaba aspirar cuando le creyó pobre por un momento y que vió con mis palabras marchitarse en flor sus ilusiones. Resignada entonces con su suerte, se decidió á revelarnos su historia, no reparando ya en el inconveniente de recordar cuanto pudiera humillarla á los ojos de un hombre de quien parecía complacerse en separarla el abismo de la fortuna.

— Me alegro de su buena suerte, dijo: así como así, ¡no hay dicha en la tierra que baste á recompensar á esa noble familia sin cuya generosidad no hubiera podido enterrarse á mi pobre madre!

Esta triste revelación nos interesó tanto en favor de la jóven, que la suplicamos nos contase su historia, á lo que ella accedió, interrumpiendo muchas veces, como era natural, sus palabras con los sollozos.

— Mi madre, dijo, era hija de una familia noble establecida en Madrid, y tanto por esta circunstancia cuanto por sus gracias naturales fué desde luego solicitada por varios de los jóvenes que concurrían á su casa. Entre estos mi madre daba la preferencia á un abogado, contrariando los proyectos de sus padres que la destinaban á un coronel, persona recomendada á sus ojos por la triple ventaja de su graduación, sus títulos y su fortuna. Llegó un día en que mis abuelos resolvieron despedir al abogado de su casa, y para humillarle mas dieron á su rival el encargo de desempeñar esta comisión á que él se prestó con la satisfacción propia de un amante que aspira á la realización de sus ilusiones y con la altanería que suele dar la costumbre de manejar la espada. El abogado que vió un insulto en la forma de su despedida, se esforzó en dominar el enojo que le causaba, y contestó que estaba dispuesto á retirarse de la casa de mis abuelos, pero no á renunciar al amor de mi madre, respuesta que encendió la sangre del militar, pasando el uno y el otro á palabras mayores, y de estas á un duelo que concertaron para el día siguiente.

— ¡Ya! dije yo; ese es el desenlace de los dramas en que interviene algún militar; porque como estos señores tienen superioridad en las armas sobre los paisanos...

— Así lo creía el coronel de quien yo iba hablando, repuso la jóven, y en esta confianza quiso que el duelo fuese á muerte, contra la opinión de su contrario, y de los padrinos que pensaban de distinto modo; pero ignoraba el militar que su adversario tenía sobre él una inmensa superioridad en la esgrima, y por eso sin duda llevaba tan adelante sus provocaciones. Salieron al campo y empezaron el combate, resultando á poco tiempo herido el abogado en un brazo...

— ¡Adios! exclamé yo; el hombre al ver su sangre se pondría furioso.

— Nada de eso, continuó la jóven; el pobre se había dejado herir voluntariamente para ver si aplacaba la cólera de su rival, y así se apresuró á enseñar su herida diciendo: «Estoy vencido.» Pero el coronel no se dió por satisfecho, insistió en que el desafío debía terminar en la muerte de uno de los dos, y amenazó al herido con que le mataría ignominiosamente si no tenía valor para seguir el combate.

— ¡Qué terco sería el tal coronel! dijo uno de mis camaradas.

— ¡Y qué prudente el abogado! repuso otro.

— Este, continuó la jóven, hizo nuevas instancias para vencer la obstinación de su antagonista, repitiendo siempre que él era el ofendido, que había recibido una herida, y que sin embargo daba el duelo por terminado, mostrando á todo esto una resignación que el mundo interpreta desfavorablemente; pero cuando se persuadió de que la catástrofe era inevitable, cuando se cansó de sufrir las insolencias del hombre á quien hasta entonces había hecho el sacrificio de su honra, empuñó furioso la espada y: «Señores, dijo á los padrinos, creo que en cualquier tiempo harán ustedes constar la paciencia, la moderación con que me he conducido en este trance amargo: en cuanto á Vd., añadió dirigiéndose al coronel, encomiende su alma á Dios, porque pronto ha

brá Vd. dejado de existir.» Y en efecto algunos segundos despues el provocador cayó como herido por un rayo para no volver á levantarse.

Aquí nuestra compatriota hizo una pausa como para recoger el extraviado hilo de sus ideas, y prosiguió de este modo:

— El abogado tuvo que esconderse para no sufrir las consecuencias legales de aquel suceso, pero pronto fué hallado y entregado á los tribunales por las diligencias que practicaron mis abuelos. Mi madre suplicó, lloró, hizo cuanto pudo para salvar al preso, y por último, para mas obligar á sus padres, les confesó que estaba en vísperas de ser madre...

— Con qué, es decir, interrumpí yo, que el abogado...

— Era mi padre, repuso la jóven, mi padre á quien nunca he conocido; porque salió á cumplir su condena en los presidios de Ultramar, y no hemos vuelto á tener noticias de su paradero. En cuanto á mi pobre madre, la infeliz se vió lanzada de su casa, rechazada por toda la familia, y obligada, hasta que murió, á trabajar para ganar su sustento y el mio. Afortunadamente había recibido una educación conveniente; cosía y bordaba con primor, merced á lo cual mientras disfruté de buena salud, pudo fácilmente subvenir á nuestras necesidades; pero sus parientes, ofendidos, no contentos con rechazarla, llegaron á escarnecerla, razón por la cual tuvo que abandonar la corte, y se retiró al pueblo de Peñaranda donde yo pasé mis primeros años. Allí vivimos disfrutando alguna tranquilidad, único bien que podía calmar los rigores del infortunio; pero mi madre cayó enferma cuando yo apenas tenía diez años, y no podía por consiguiente suplir su falta en el trabajo. Agotáronse todos nuestros recursos; vendimos todos los enseres de la casa, nuestra ropa, nuestras camas, todo lo vendimos, excepto esta sortija de mi padre.

Y dijo esto alargando la mano para enseñarnos aquel mudo testigo del amor que había sobrenadado en el piélagos de tantas desgracias. Luego continuó:

— Al fin murió mi madre llevando á la sepultura el sentimiento de la situación en que me dejaba, y la incertidumbre de mi porvenir. Yo que había velado tanto tiempo su sueño, tuve que velar toda una noche su cadáver, y ya la autoridad iba á sacar el cuerpo de la habitación sin las formalidades de costumbre, cuando el padre de Matías se presentó diciendo que él pagaba el entierro, con lo cual se allanaron todas las dificultades. En cuanto á mí, me sería imposible decir los países que he corrido desde entonces, primero mendigando el pan de puerta en puerta, y trabajando despues honradamente para ganarlo. Así la casualidad me condujo á esta tierra hace cuatro años, y en ella vivo como ustedes ven, sin conocer el amor desde que murió mi madre, sin mas esperanzas que las que una débil criatura puede fundar en un anillo, y sin otro recuerdo de gratitud que el que en mi corazón dejó grabado el generoso padre de vuestro camarada. Pero señores, han dado ya las doce, y no pueden ustedes permanecer aquí mas tiempo.

En efecto había llegado la hora en que deben cerrarse las puertas de los establecimientos públicos, y nos fué forzoso despedirnos de aquella jóven á quien las penas habían realizado á nuestros ojos, porque solamente los que sufren saben tributar el doble culto del afecto y de la veneración debido á la desgracia. Preocupados con lo que habíamos oído, no pudimos advertir que una persona extraña seguía nuestros pasos desde que salimos de la fonda, como si tratase de espiarnos ó de sorprender algún secreto de Estado en nuestras palabras; pero nuestra conversación era bien natural y sencilla.

— ¡Pobre jóven! decía uno.

— ¡Qué trabajos habrá pasado!

— ¡Cuánto habrá llorado en este mundo!

— ¡Quién había de decir que conocía á nuestro desertor, Matías!

Al oír estas palabras, el hombre que seguía nuestros pasos nos interpeló fuertemente como si le interesara mucho el asunto de que se trataba, y efectivamente le interesaba mucho, porque aquel hombre bastante disfrazado para que solo por la voz pudiéramos conocerle, era Matías. Este nos había visto entrar en la casa que él rondaba de día y de noche, nos había visto salir, y estaba dispuesto á seguirnos sin hablarnos; pero no pudo llevar adelante su propósito al oír pronunciar su nombre envuelto en la historia de la jóven á quien amaba, y de quien sin muestra alguna aparente era correspondido. El dolor que nos había producido la narración de nuestra paisana era mas fuerte que el resentimiento que guardábamos á Matías por su extraña separación de nuestra compañía, de modo que sin entrar en el terreno de las reconvenções empezamos á referir á nuestro antiguo compañero todo lo que habíamos oído.

— Pero chico, le dijimos, ¿no habías tú conocido á esa muchacha?

— No hago memoria.

— Ya se ve, ¡cómo era tan jóven cuando estuvo en Peñaranda!

— ¿Pero es verdad que me conoce? ¿Y por qué lo ha disimulado tanto?

— Pues con nosotros ha estado bien explícita; no ha tenido reparo en decirnos que sin la generosidad de tu padre no hubiera podido celebrar el entierro de su madre.

— ¡Cómo!

— Lo que oyes.

— Será... ¡ya caigo! ¿Con qué, esa pobre jóven es la hija de aquella desgraciada?... Pero señor; yo vuelvo á mi tema ¿por qué no se me ha dado á conocer?

— Eso se explicaba bien, contestó yo; por lo que he

colegido de algunas pabras, infiero que esa jóven te ama y teme desmerecer en tu concepto, porque como la pobre no tiene padre conocido...

— ¡Y qué importa! exclamó Matías fuera de sí, yo no conozco su historia que siempre ha sido un misterio en Peñaranda; pero amo á esa jóven y puedo ser para ella tanto como la buena madre á quien ha perdido. Si su padre la ha abandonado...

— Eso es lo que nosotros no sabemos ni ella tampoco. Su padre se conoce que era un bravo caballero, pero tal vez moriría el pobre en Ultramar.

— ¿Cómo? ¿Qué nueva historia es esa?

— Sí, chico, su padre mató á un rival en desafío, fué condenado á los presidios de Ultramar, y no han vuelto á tener mas noticias.

— Señores, dijo Matías, dando muestras de una agitación extraordinaria, ¿qué están ustedes diciendo? por favor dénme ustedes algunos detalles acerca de ese duelo.

— Y por cierto que son bien especiales, dije yo. Figúrate tú que el contrario era un coronel.

— ¡Cierto! exclamó Matías. — Y decidme, ¿el duelo tuvo lugar á espada?

— Que el padre de nuestra amiga manejaba como un profesor. Tanto, que despues de dejarse herir voluntariamente para desarmar la cólera de su adversario...

— Basta, dijo Matías; ¡basta, amigos míos! Yo quiero ponerlos al corriente de lo que todavía ignorais en esa historia. Sabed que esa jóven cuyas desgracias os han interesado tanto, esa jóven á quien yo amo mas que á mi vida, es hija de D. Bruno...

Esta era la gran sorpresa que nos guardaba el destino entre las muchas que experimentamos durante nuestra excursión.

— Sí, continuó Matías, es hija de D. Bruno... que ha luchado para volver á España contra todos los obstáculos con que el genio del mal puede atajar el paso á la virtud, y que por fin cuando logró volver á su patria, rico y siempre fiel al juramento prestado en las aras del amor, tuvo el desconsuelo de no hallar á la mujer á quien adoraba. Por eso estaba siempre triste y pensando en el suicidio. Yo le habia impedido varias veces ejecutar su fatal proyecto, y por eso me resistia á salir de Salamanca; pero me engañó cruelmente; me habia dado tales seguridades de que no atentaria á su existencia, que no dudé en acompañaros.

Entónces comprendimos nosotros todos los misterios que no habiamos podido descifrar, y entre otros, la extraña acusación que Matías nos hiciera, diciendo que eramos la causa del suicidio de D. Bruno.

— Ahora, dijo Matías: es necesario que volvamos á ver á esa jóven cuyo nombre no recuerdo; tendrémolos el sentimiento de aumentar su dolor con la infausta noticia que todos sabemos; pero yo tendré el gusto de sacarla de la miserable situación á que la habia condenado la suerte; la diré que deje su destino, que ella no ha nacido para servir, que es heredera de la rica fortuna de su padre, cuyo testamento en mi favor es nulo desde este instante.

Volvimos en efecto á la fonda, pero ya no nos abrieron la puerta por ser demasiado tarde. Tuvimos que retirarnos consolándonos con la esperanza de volver al día siguiente tan pronto como nos levantásemos, pero nuestra mala fortuna derribó en un momento nuestros planes. Hallábase entónces Portugal entregado á los azares de las revoluciones políticas, y eran tan frecuentes las prisiones arbitrarias, como las agitaciones de los clubs.

Por esta fatal casualidad fuimos detenidos como sospechosos ántes de llegar á nuestra casa, y encerrados cada cual en su calabozo sin permitirnos ninguna comunicación en mas de ocho días. Consideren mis lectores cual seria nuestra pena, y sobre todo la de Matías, viéndonos encerrados y sin comunicación, no por nosotros mismos, que nada podiamos temer, confiados como estabamos en nuestra inocencia, sino por la jóven cuyos trabajos se prolongaban con nuestra detención.

Y nuestra prision llevaba trazas de ser larga por la funesta combinación de circunstancias que contribuian á hacernos sospechosos. Sabíase que habia en Lisboa un club compuesto de extranjeritos, y nosotros fuimos precisamente detenidos cerca del paraje en que aquellos celebraban sus reuniones; de modo, que aunque era notoria nuestra buena conducta, el juez tenia sus razones para no soltarnos. Sin embargo, fácil nos fué contestar á todos los cargos, desvanecer todas las sospechas y salir por fin libremente de la cárcel, despues de lo cual nuestra primera diligencia fué ir á la fonda y preguntar por nuestra paisana y amiga. Pero ¡nuevo contratiempo! Allí nos dijeron que se habia despedido dos días ántes y que ignoraban su paradero. Hicimos mil investigaciones inútiles, y por último nos resolvimos á implorar la ayuda de la policía para llenar la medida de nuestra amargura, pues al cabo de algunos días de averiguaciones vino un comisario á decirnos que la jóven á quien buscábamos habia desaparecido de Lisboa, y que segun todos los informes y señas, se habia embarcado para Inglaterra en calidad de doncella de unos señores, cuyos nombres y residencia se ignoraban completamente.

Pero tambien este artículo se va alargando demasiado. Suplico á mis lectores disimulen todavía por hoy, en la inteligencia, de que esta historia se dará por terminada infaliblemente en el número inmediato de nuestro periódico.

J. M. VILLERGA.

FÁBULA.

LA INVENCION DEL CÍRCULO.

El casado casa quiere,
Dice un ajeño refran,
Cuya fecha se refiere
Al tiempo del padre Adan.
El cual así que pensó
Casar á Cain y Abel,
Fabricarse les mandó
Casa en que vivir sin él.
Labrar su nueva morada
Ené pues á entrambos preciso:
Cain la trazó cuadrada,
Y Abel redonda la quiso.
Cuando este necesitó
Señalar el redondel,
Un par de estacas ató
A las puntas de un cordel.
Una clavó en el solar,
Y llevando otra en la mano,
Tiró, y se puso á rayar
Con ella en el piso llano.
Dando la vuelta en efecto,
Y haciendo la raya así,
Recien nacido y perfecto
Resultó el círculo allí.
Con harta razon ufano
Abel de su operacion,
« Mira, le dijo á su hermano,
¿Qué afortunada invencion! »
Cain replicó envidioso:
« No me parece maleja;
Pero no estés orgulloso
De una traza que es ya vieja. »
— Pues nadie me la enseñó,
Es mia, segun discurro. »
— No señor, que ya la usó
Primero que tú mi burro.
Para domarle, le eché
Al cuello un largo ramal,
Le até á un árbol y zurré
De firme al torpe animal.
Y corriendo él en redondo
Aquel y otro y otro día,
Un rastro dejó bien hondo
Abierto donde corria.
Aquel rastro, en buen derecho
Del círculo origen es,
Por tí con las manos,
Por el asno con los piés. »
Tal vez un crítico salta
Diciendo que el rasgo tal
Tiene contra sí la falta
De ser poco original.
Y buscando al pensamiento
Su principio, suele al fin
Ser hallazgo de un jumento
Semejante al de Cain.

J. E. HARTZENBUSCH.

VIAJES.

LOS CONVENTOS DE LIMA, Y SANTA ROSA PATRONA DE LAS AMÉRICAS.

El que no ha visto á la hermosa ciudad de Lima en un día de fiesta cuando al ruido de las descargas de artillería, y al estrépito de los repiques de campanas, andan por sus alegres calles envueltas en nubes de incienso las procesiones; cuando la población entera corre con entusiasmo á la plaza de Toros, ó acude al teatro á palmoear á la prima donna mas á la moda; el que no ha visto todo esto, repetimos, no puede formarse una idea de lo que son esas tumultuosas diversiones al aire libre, bajo los rayos de un sol ardiente, que hacen desear irresistiblemente al extranjerito un momento de reposo en la sombra y el silencio, en los sitios precisamente que mas frecuenta, esto es, en los magníficos conventos limeños.

¡Cuántas veces he buscado yo en los claustros de San Francisco un refugio contra las agitaciones populares, un abrigo contra los ardores del sol, y el olvido de esa existencia vagabunda que tan llena de encantos se me aparece hoy á la memoria! Allí mi imaginación ha querido revestir con indecibles atractivos los recuerdos del país natal que evocaba entónces, y que despues volví á hallar insípidos y descoloridos, tan cierto es que nuestro espíritu inquieto aspira sin cesar á los lejanos horizontes, y que el vapor de oro del ideal me ilumina con sus mágicos resplandores, sino las memorias del pasado, ó las esperanzas venideras.

Entregado á esa inefable melancolía que un ilustre

escritor llama la tristeza de la felicidad, he pasado largas horas embriagado en ese dédalo de galerías, en esos sitios donde saltan las aguas en fuentes de lesforme, donde los árboles y las flores de ambos hemisferios crecen juntos, esparciendo en su derredor su sombra y sus perfumes. No trataré de comunicar aquí al lector el efecto de unas impresiones, hijas quizás de una disposición de ánimo particular; tampoco quiero llevarle á visitar los cien monumentos religiosos de la ciudad; lo único que pretendo, es trasladar aquí mis notas relativas á tres de los principales conventos de Lima, que, bajo tres puntos de vista diferentes, me parece tienen títulos iguales á su interés.

San Francisco posee una iglesia, tres capillas y numerosos claustros, construidos unos al gusto morisco, y otros al estilo del renacimiento. La mayor parte de estos claustros conservan aun el carácter de su antigua magnificencia. Las galerías circundan un patio transformado en jardín inglés, y dominado por los dos campanarios iguales de la iglesia. Bonitos azulejos formando arabescos multicolores, y una serie de cuadros, representando la vida de san Francisco, adornan estas galerías que desembocan á corredores bien alumbrados, ó se pierden en profundidades misteriosas. Una verja de madera torneada cierra los soportales inferiores, prohibiendo la entrada del jardín á los legos traviesos y á los empleados subalternos. En el centro de esta esmeralda de verdura, un caño de agua quiere saltar sobre las cimas de cuatro cipreses gigantescos, mientras otros cañitos mas modestos suspiran en la sombra tristemente.

El genio familiar de estos hermosos sitios era un anciano humilde y sencillo como todo aquel que no conoce de la vida mas que las cosas inocentes. Llamábase Martin, y me quería bastante, porque pintaba estampas.

A este cariño debia yo la entrada en el jardín, y el buen anciano se complacia en mostrarme las riquezas de su humilde imperio; el suelo de flores rosadas y amarillas, el melocoton, el árbol de la pasión, el aroma de suaves perfumes, es el floripandio de anchos pétalos blancos y olorosos; y á pesar de que él bautizaba con nombres raros sus flores y sus plantas, yo reconocia en los grandes tiestos de tierra colorada, los claveles, el geranio, la flor del sol tan querida de los incas, y sobre todo las rosas que hacen pensar en la dolorosa exclamación de Quintana:

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

En su cenador de jazmin, acribillado de estrellas blancas, hay un viejo sillón, donde se sentaron en la flor de su vida los frailes que despues reposaron allí mismo en su decrepitud centenaria. Aquel era mi sitio preferido. El susurro de las aguas se mezclaba en torno mio con el canto de los pájaros, y á veces con las lejanas armonías del órgano, en tanto que yo me abandonaba á las meditaciones que despierta en la imaginación la patria ausente.

San Pedro es muy notable por sus altares que se hallan espléndidamente dorados y cargados de esculturas. Los retablos se componen de columnas retorcidas, en cuyo derredor serpentean y se cruzan pámpanos de yedra y festones, de los que cuelgan racimos y florecillas de oro. Uno de estos altares ha conservado el color de su madera, y está considerado como una obra maestra de ebanistería. Las paredes y pilares de esta iglesia se hallan ocultas bajo una multitud de marcos dorados y esculpidos de todas dimensiones, que por lo regular encierran lienzos de poco mérito, aunque á la verdad no pueden apreciarse bien, unos por falta de luz, y otros por la gruesa capa de barniz cuarteado que los cubre. A lo largo de la nave se ven unas banderolas de telas ligeras, suspendidas de la bóveda, que cortan simétricamente sus festones y se elevan ó se bajan al menor soplo de aire. A la entrada de la sacristía se ve un cuadro de Anibal Carraccio, representando á san Felipe Neri en éxtasis ante la Trinidad: el santo, sostenido por un ángel, queda en un claro oscuro, de un efecto maravilloso. Mas allá se ve un obispo, cortado de un lienzo de la escuela veneciana, atribuido á Pablo Veronés; una santa Gertrudis y una santa Teresa en muy mal estado, nos parecieron obras de gran mérito.

Esta iglesia pertenece al convento de San Felipe Neri, y comunica con su claustro principal, que es un claustro pequeño, con las paredes blancas; los arcos de la galería inferior se hallan separados por medio de tiestos de claveles y de albahaca. En el centro del patio hay un grupo de verdura, de cuyo centro salta un caño de agua. El convento considerado ya como muy grande, fué dividido en dos partes, de las cuales una sirve actualmente para el museo y la biblioteca de la ciudad, con entrada por la calle de los Estudios. El museo, en cuanto á cuadros, no tiene mas que los retratos de cuerpo entero de los vireyes del Perú y los de los generales mas notables de la guerra de la independencia. Los vireyes forman una serie de cuarenta y cuatro lienzos de igual dimension, sin ningun valor artístico. Sin embargo, el retrato de Abascal es superior á los demás. Si los primeros gobernadores del Perú hubiesen servido de modelo á un pintor quichua, contemporáneo de las terribles escenas de la conquista, seguramente su pincel consternado no habria añadido nada á la expresión ferroz é inflexible de sus fisonomías. Esos rostros verdosos ó pálidos, esas miradas severas ó meditabundas, esas narices aguileñas, y sobre todo los vestidos negros, dan á la mayor parte de las figuras todo el carácter del tirano ó del inquisidor de melodrama. La cabeza de Pizarro es el ideal del género. ¡Qué energía y qué misterios

dro, bajo un palio conducido por los canónigos de la catedral de Sezza, el papa levanta sus manos al cielo.

A su alrededor se ven los cardenales, los obispos, el que lleva la cruz, montado sobre una mula blanca, los diáconos, que inciensan los niños del coro que despararraman flores, y los suizos de la guardia.

Desde la ciudad de Sorino, que se percibe en la roca, una inmensa muchedumbre se lanza hacia la ceremonia sin que la fila de alabardas baste á contenerla. Entre los grupos que figuran á la derecha se ve una jóven que, sostenida por su madre y por su hermano, está afectada de la fiebre de los pantanos; mas adelante el señor de Sezza y su prometida esposa vienen á hacer bendecir su union. A la izquierda están los ladrones arrepentidos y sus mujeres implorando el perdon de los padres en nombre de la inocencia de sus hijos.

La estudiantina.

Aunque he dicho que nuestro insigne panderetero se había enamorado de la criada de la consabida fonda (la fonda de los 10,000 reis) debo declarar que ignorabamos todavía esta circunstancia cuando Matías se separó de nosotros diciéndonos que eramos la causa del suicidio de D. Bruno; de modo que carecíamos hasta de este preciosísimo dato para encontrar á nuestro camarada separado bruscamente de nuestra compañía. Quince días pasamos en inútiles averiguaciones, y al fin persuadidos de que Matías había resuelto no volver á nuestro gremio, cuando no hubiera hecho alguna locura como la de su amo, decidimos regresar á nuestra predilecta ciudad de Salamanca.

Escusado me parece decir que en cada uno de los quince días transcurridos desde la desaparición de Matías hasta aquel en que se trató de nuestro regreso, habíamos tenido quince discusiones dirigidas todas á investigar la parte directa ó indirecta que habíamos tenido en el suicidio de D. Bruno, concluyendo siempre por lavarnos las manos acerca de aquel deplorable suceso. Sin embargo, como una acusación, por infundada que sea, marca siempre alguna huella en la imaginación suspicaz del hombre, llegamos á mirarnos mutuamente con cierto recelo, y es posible que en los tiempos del fanatismo y de la inquisición hubieramos acabado por hacernos quemar vivos los unos á los otros. Esto no impedía que á las horas de costumbre tomásemos nuestras guitarras, flauta y violín, y fuésemos á engrosar nuestra pacotilla explotando el efecto mágico que los cantos andaluces producen en los habitantes de Lisboa. Esto era lo único que en parte podía compensar en nosotros la pérdida de Matías y la de nuestra recíproca confianza, pues vivíamos en un estado de continua alarma, sospechando los unos de los otros desde que cada uno atribuía á los demás cierta participación culpable en el suicidio de D. Bruno. Esta preocupación llegó á tomar tal cuerpo en todos nosotros, que pedimos habitaciones separadas, y aun así nos levantábamos sobresaltados, profiriendo palabras injuriosas ó demandando auxilio á la vecindad que creyó que nos habíamos vuelto locos.

Llegó por fin la víspera del día en que debíamos emprender la contramarcha, y convenimos en celebrar nuestra partida en la *Fonda de los diez mil reis*.

Habíamos almorzado tarde aquel día; nuestra comida debía por lo tanto tener honores de cena, y así fué, pues eran mas de las nueve cuando nos sentamos á la mesa, y mas de las doce cuando nos levantamos, si bien debo decir que el último tercio de tiempo de nuestra estancia en la fonda no lo empleamos en comer, sino en oír una historia que nos interesó desde luego, y que quiero reproducir aquí con permiso de mis lectores.

Fué el caso que á eso de las once, cuando ya no quedaba en la fonda mas gente que nosotros y la jóven que nos había servido, esta se acercó á nosotros, y no sin gran esfuerzo para vencer su natural rubor, nos preguntó por el compañero que nos faltaba. Dijímosla que había desaparecido, y ella nos consoló manifestando que le había visto atravesar varias veces por su calle, despojado del hábito estudiantil. Esto nos dió la esperanza de encontrar á Matías y el gusto de entablar conversación con la jóven, que por su conducta nos había llamado la atención tanto como por sus gracias personales.

— ¿Sabe Vd., amiga, la dije yo, que habla Vd. el español tan bien como nosotros?

— Eso no tiene nada de extraño, contestó la jóven.

— Sin embargo, los portugueses, aunque entienden generalmente el castellano, suelen tener alguna dificultad para pronunciarlo tan bien como Vd.

— ¿Y quién le ha dicho á Vd. que yo sea portuguesa?

— ¡Bravo! exclamé yo; ¿con qué por lo visto es Vd. paisana nuestra?

— En Lisboa, dijo ella, soy paisana de todos ustedes, porque todos los españoles somos paisanos en tierra extranjera. En España creo que ninguno de ustedes podría llamarse con propiedad paisano mio mas que Matías, y este hasta cierto punto.

Cada palabra de la jóven era un nuevo descubrimiento para nosotros, y cada descubrimiento aumentaba en nosotros la impresión del asombro que parecía perseguirnos desde el día en que resolvimos salir de Salamanca.

— ¡Es posible! dijimos á una voz todos los estudiantes.

— ¡Y tan posible! contestó ella; como que el pobre Matías tardaría en reconocerme lo que yo tardase en recordarle un hecho bastante doloroso por cierto.

Y los ojos de la jóven se humedecieron al pronunciar estas palabras.

— Pero entónces, dijo uno de mis compañeros, ¿por qué ha llevado Vd. su timidez ó su reserva hasta el punto de no darse á conocer á su paisano el día que vino á comer con nosotros?

— ¡Ah! respondió la jóven; ¿por qué...? ¿quién sabe si el afecto que empezó á mostrarme en sus miradas se hubiera cambiado inmediatamente en desden?

— Sin embargo, objetó mi compañero, aunque Vd. se vea en la humilde condición de criada, no por eso dejaría de ser acreedora al aprecio de todos nosotros, y principalmente de Matías, que á sus ideas nada aristocráticas, reúne la circunstancia de ser un pobre criado también.

— ¡Calle Vd.! dijo la jóven; ¿Matías, el hijo del primer propietario de Peñaranda está sirviendo?

Todos ignorabamos los antecedentes de nuestro compañero, de modo, que no pudimos contestar á la pregunta, pero para consolar á la jóven, que parecía un poco affigida con la noticia, yo me apresuré á manifestarle que Matías acababa de heredar una pingüe fortuna y ¡cosa rara! esta noticia produjo mayor desconuelo que la anterior en la jóven cuyo corazón se violentaba para manifestar una alegría que estaba lejos de experimentar. Digamos de una vez que aquella pobre muchacha había empezado á sentir alguna inclinación amorosa hacia Matías á quien osaba aspirar cuando le creyó pobre por un momento y que vió con mis palabras marchitarse en flor sus ilusiones. Resignada entónces con su suerte, se decidió á revelarnos su historia, no reparando ya en el inconveniente de recordar cuanto pudiera humillarla á los ojos de un hombre de quien parecía complacerse en separarla el abismo de la fortuna.

— Me alegro de su buena suerte, dijo: así como así, ¡no hay dicha en la tierra que baste á recompensar á esa noble familia sin cuya generosidad no hubiera podido enterrarse á mi pobre madre!

Esta triste revelación nos interesó tanto en favor de la jóven, que la suplicamos nos contase su historia, á lo que ella accedió, interrumpiendo muchas veces, como era natural, sus palabras con los sollozos.

— Mi madre, dijo, era hija de una familia noble establecida en Madrid, y tanto por esta circunstancia cuanto por sus gracias naturales fué desde luego solicitada por varios de los jóvenes que concurrían á su casa. Entre estos mi madre daba la preferencia á un abogado, contrariando los proyectos de sus padres que la destinaban á un coronel, persona recomendada á sus ojos por la triple ventaja de su graduación, sus títulos y su fortuna. Llegó un día en que mis abuelos resolvieron despedir al abogado de su casa, y para humillarle mas dieron á su rival el encargo de desempeñar esta comisión á que él se prestó con la satisfacción propia de un amante que aspira á la realización de sus ilusiones y con la altanería que suele dar la costumbre de manejar la espada. El abogado que vió un insulto en la forma de su despedida, se esforzó en dominar el enojo que le causaba, y contestó que estaba dispuesto á retirarse de la casa de mis abuelos, pero no á renunciar al amor de mi madre, respuesta que encendió la sangre del militar, pasando el uno y el otro á palabras mayores, y de estas á un duelo que concertaron para el día siguiente.

— ¡Ya! dije yo; ese es el desenlace de los dramas en que interviene algún militar; porque como estos señores tienen superioridad en las armas sobre los paisanos...

— Así lo creía el coronel de quien yo iba hablando, repuso la jóven, y en esta confianza quiso que el duelo fuese á muerte, contra la opinión de su contrario, y de los padrinos que pensaban de distinto modo; pero ignoraba el militar que su adversario tenía sobre él una inmensa superioridad en la esgrima, y por eso sin duda llevaba tan adelante sus provocaciones. Salieron al campo y empezaron el combate, resultando á poco tiempo herido el abogado en un brazo...

— ¡Adios! exclamé yo; el hombre al ver su sangre se pondría furioso.

— Nada de eso, continuó la jóven; el pobre se había dejado herir voluntariamente para ver si aplacaba la cólera de su rival, y así se apresuró á enseñar su herida diciendo: «Estoy vencido.» Pero el coronel no se dió por satisfecho, insistió en que el desafío debía terminar en la muerte de uno de los dos, y amenazó al herido con que le mataría ignominiosamente si no tenía valor para seguir el combate.

— ¡Qué terco sería el tal coronel! dijo uno de mis camaradas.

— ¡Y qué prudente el abogado! repuso otro.

— Este, continuó la jóven, hizo nuevas instancias para vencer la obstinación de su antagonista, repitiendo siempre que él era el ofendido, que había recibido una herida, y que sin embargo daba el duelo por terminado, mostrando á todo esto una resignación que el mundo interpreta desfavorablemente; pero cuando se persuadió de que la catástrofe era inevitable, cuando se cansó de sufrir las insolencias del hombre á quien hasta entónces había hecho el sacrificio de su honra, empuñó furioso la espada y: «Señores, dijo á los padrinos, creo que en cualquier tiempo harán ustedes constar la paciencia, la moderación con que me he conducido en este trance amargo: en cuanto á Vd., añadió dirigiéndose al coronel, encomiende su alma á Dios, porque pronto ha

brá Vd. dejado de existir.» Y en efecto algunos segundos despues el provocador cayó como herido por un rayo para no volver á levantarse.

Aquí nuestra compatriota hizo una pausa como para recoger el extraviado hilo de sus ideas, y prosiguió de este modo:

— El abogado tuvo que esconderse para no sufrir las consecuencias legales de aquel suceso, pero pronto fué hallado y entregado á los tribunales por las diligencias que practicaron mis abuelos. Mi madre suplicó, lloró, hizo cuanto pudo para salvar al preso, y por último, para mas obligar á sus padres, les confesó que estaba en vísperas de ser madre...

— Con qué, es decir, interrumpí yo, que el abogado...

— Era mi padre, repuso la jóven, mi padre á quien nunca he conocido; porque salió á cumplir su condena en los presidios de Ultramar, y no hemos vuelto á tener noticias de su paradero. En cuanto á mi pobre madre, la infeliz se vió lanzada de su casa, rechazada por toda la familia, y obligada, hasta que murió, á trabajar para ganar su sustento y el mio. Afortunadamente había recibido una educación conveniente; cosía y bordaba con primor, merced á lo cual mientras disfruté de buena salud, pudo fácilmente subvenir á nuestras necesidades; pero sus parientes, ofendidos, no contentos con rechazarla, llegaron á escarnecerla, razón por la cual tuvo que abandonar la corte, y se retiró al pueblo de Peñaranda donde yo pasé mis primeros años. Allí vivimos disfrutando alguna tranquilidad, único bien que podía calmar los rigores del infortunio; pero mi madre cayó enferma cuando yo apenas tenía diez años, y no podía por consiguiente suplir su falta en el trabajo. Agotáronse todos nuestros recursos; vendimos todos los enseres de la casa, nuestra ropa, nuestras camas, todo lo vendimos, excepto esta sortija de mi padre.

Y dijo esto alargando la mano para enseñarnos aquel mudo testigo del amor que había sobrenadado en el piélagos de tantas desgracias. Luego continuó:

— Al fin murió mi madre llevando á la sepultura el sentimiento de la situación en que me dejaba, y la incertidumbre de mi porvenir. Yo que había velado tanto tiempo su sueño, tuve que velar toda una noche su cadáver, y ya la autoridad iba á sacar el cuerpo de la habitación sin las formalidades de costumbre, cuando el padre de Matías se presentó diciendo que él pagaba el entierro, con lo cual se allanaron todas las dificultades. En cuanto á mí, me sería imposible decir los países que he corrido desde entónces, primero mendigando el pan de puerta en puerta, y trabajando despues honradamente para ganarlo. Así la casualidad me condujo á esta tierra hace cuatro años, y en ella vivo como ustedes ven, sin conocer el amor desde que murió mi madre, sin mas esperanzas que las que una débil criatura puede fundar en un anillo, y sin otro recuerdo de gratitud que el que en mi corazón dejó grabado el generoso padre de nuestro camarada. Pero señores, han dado ya las doce, y no pueden ustedes permanecer aquí mas tiempo.

En efecto había llegado la hora en que deben cerrarse las puertas de los establecimientos públicos, y nos fué forzoso despedirnos de aquella jóven á quien las penas habían realizado á nuestros ojos, porque solamente los que sufren saben tributar el doble culto del afecto y de la veneración debido á la desgracia. Preocupados con lo que habíamos oído, no pudimos advertir que una persona extraña seguía nuestros pasos desde que salimos de la fonda, como si tratase de espiarnos ó de sorprender algún secreto de Estado en nuestras palabras; pero nuestra conversación era bien natural y sencilla.

— ¡Pobre jóven! decía uno.

— ¡Qué trabajos habrá pasado!

— ¡Cuánto habrá llorado en este mundo!

— ¡Quién había de decir que conocía á nuestro desertor, Matías!

Al oír estas palabras, el hombre que seguía nuestros pasos nos interpeló fuertemente como si le interesara mucho el asunto de que se trataba, y efectivamente le interesaba mucho, porque aquel hombre bastante disfrazado para que solo por la voz pudiéramos conocerle, era Matías. Este nos había visto entrar en la casa que él rondaba de día y de noche, nos había visto salir, y estaba dispuesto á seguirnos sin hablarnos; pero no pudo llevar adelante su propósito al oír pronunciar su nombre envuelto en la historia de la jóven á quien amaba, y de quien sin muestra alguna aparente era correspondido. El dolor que nos había producido la narración de nuestra paisana era mas fuerte que el resentimiento que guardabamos á Matías por su extraña separación de nuestra compañía, de modo que sin entrar en el terreno de las reconvenções empezamos á referir á nuestro antiguo compañero todo lo que habíamos oído.

— Pero chico, le dijimos, ¿no habías tú conocido á esa muchacha?

— No hago memoria.

— Ya se ve, ¡cómo era tan jóven cuando estuvo en Peñaranda!

— ¿Pero es verdad que me conoce? ¿Y por qué lo ha disimulado tanto?

— Pues con nosotros ha estado bien explícita; no ha tenido reparo en decirnos que sin la generosidad de tu padre no hubiera podido celebrar el entierro de su madre.

— ¡Cómo!

— Lo que oyes.

— Será... ¡ya caigo! ¿Con qué, esa pobre jóven es la hija de aquella desgraciada?... Pero señor; yo vuelvo á mi tema ¿por qué no se me ha dado á conocer?

— Eso se explicaba bien, contestó yo; por lo que he

colegido de algunas pabras, infiero que esa jóven te ama y teme desmerecer en tu concepto, porque como la pobre no tiene padre conocido...

— ¡Y qué importa! exclamó Matías fuera de sí, yo no conozco su historia que siempre ha sido un misterio en Peñaranda; pero amo á esa jóven y puedo ser para ella tanto como la buena madre á quien ha perdido. Si su padre la ha abandonado...

— Eso es lo que nosotros no sabemos ni ella tampoco. Su padre se conoce que era un bravo caballero, pero tal vez moriría el pobre en Ultramar.

— ¿Cómo? ¿Qué nueva historia es esa?

— Sí, chico, su padre mató á un rival en desafío, fué condenado á los presidios de Ultramar, y no han vuelto á tener mas noticias.

— Señores, dijo Matías, dando muestras de una agitación extraordinaria, ¿qué están ustedes diciendo? por favor dénme ustedes algunos detalles acerca de ese duelo.

— Y por cierto que son bien especiales, dije yo. Figúrate tú que el contrario era un coronel.

— ¡Cierto! exclamó Matías. — Y decidme, ¿el duelo tuvo lugar á espada?

— Que el padre de nuestra amiga manejaba como un profesor. Tanto, que despues de dejarse herir voluntariamente para desarmar la cólera de su adversario...

— Basta, dijo Matías; ¡basta, amigos míos! Yo quiero ponerlos al corriente de lo que todavía ignorais en esa historia. Sabed que esa jóven cuyas desgracias os han interesado tanto, esa jóven á quien yo amo mas que á mi vida, es hija de D. Bruno...

Esta era la gran sorpresa que nos guardaba el destino entre las muchas que experimentamos durante nuestra excursión.

— Sí, continuó Matías, es hija de D. Bruno... que ha luchado para volver á España contra todos los obstáculos con que el genio del mal puede atajar el paso á la virtud, y que por fin cuando logró volver á su patria, rico y siempre fiel al juramento prestado en las aras del amor, tuvo el desconsuelo de no hallar á la mujer á quien adoraba. Por eso estaba siempre triste y pensando en el suicidio. Yo le habia impedido varias veces ejecutar su fatal proyecto, y por eso me resistia á salir de Salamanca; pero me engañó cruelmente; me habia dado tales seguridades de que no atentaria á su existencia, que no dudé en acompañaros.

Entónces comprendimos nosotros todos los misterios que no habiamos podido descifrar, y entre otros, la extraña acusación que Matías nos hiciera, diciendo que eramos la causa del suicidio de D. Bruno.

— Ahora, dijo Matías: es necesario que volvamos á ver á esa jóven cuyo nombre no recuerdo; tendrémolos el sentimiento de aumentar su dolor con la infausta noticia que todos sabemos; pero yo tendré el gusto de sacarla de la miserable situación á que la habia condenado la suerte; la diré que deje su destino, que ella no ha nacido para servir, que es heredera de la rica fortuna de su padre, cuyo testamento en mi favor es nulo desde este instante.

Volvimos en efecto á la fonda, pero ya no nos abrieron la puerta por ser demasiado tarde. Tuvimos que retirarnos consolándonos con la esperanza de volver al día siguiente tan pronto como nos levantásemos, pero nuestra mala fortuna derribó en un momento nuestros planes. Hallábase entónces Portugal entregado á los azares de las revoluciones políticas, y eran tan frecuentes las prisiones arbitrarias, como las agitaciones de los clubs.

Por esta fatal casualidad fuimos detenidos como sospechosos ántes de llegar á nuestra casa, y encerrados cada cual en su calabozo sin permitirnos ninguna comunicación en mas de ocho días. Consideren mis lectores cual seria nuestra pena, y sobre todo la de Matías, viéndonos encerrados y sin comunicación, no por nosotros mismos, que nada podiamos temer, confiados como estabamos en nuestra inocencia, sino por la jóven cuyos trabajos se prolongaban con nuestra detención.

Y nuestra prision llevaba trazas de ser larga por la funesta combinación de circunstancias que contribuian á hacernos sospechosos. Sabíase que habia en Lisboa un club compuesto de extranjeritos, y nosotros fuimos precisamente detenidos cerca del paraje en que aquellos celebraban sus reuniones; de modo, que aunque era notoria nuestra buena conducta, el juez tenia sus razones para no soltarnos. Sin embargo, fácil nos fué contestar á todos los cargos, desvanecer todas las sospechas y salir por fin libremente de la cárcel, despues de lo cual nuestra primera diligencia fué ir á la fonda y preguntarle por nuestra paisana y amiga. Pero ¡nuevo contratiempo! Allí nos dijeron que se habia despedido dos días ántes y que ignoraban su paradero. Hicimos mil investigaciones inútiles, y por último nos resolvimos á implorar la ayuda de la policía para llenar la medida de nuestra amargura, pues al cabo de algunos días de averiguaciones vino un comisario á decirnos que la jóven á quien buscábamos habia desaparecido de Lisboa, y que segun todos los informes y señas, se habia embarcado para Inglaterra en calidad de doncella de unos señores, cuyos nombres y residencia se ignoraban completamente.

Pero tambien este artículo se va alargando demasiado. Suplico á mis lectores disimulen todavía por hoy, en la inteligencia, de que esta historia se dará por terminada infaliblemente en el número inmediato de nuestro periódico.

J. M. VILLER GAS.

FÁBULA.

LA INVENCION DEL CÍRCULO.

El casado casa quiere,
Dice un ajeño refran,
Cuya fecha se refiere
Al tiempo del padre Adan.
El cual así que pensó
Casar á Cain y Abel,
Fabricarse les mandó
Casa en que vivir sin él.
Labrar su nueva morada
Ené pues á entrambos preciso:
Cain la trazó cuadrada,
Y Abel redonda la quiso.
Cuando este necesitó
Señalar el redondel,
Un par de estacas ató
A las puntas de un cordel.
Una clavó en el solar,
Y llevando otra en la mano,
Tiró, y se puso á rayar
Con ella en el piso llano.
Dando la vuelta en efecto,
Y haciendo la raya así,
Recien nacido y perfecto
Resultó el círculo allí.
Con harta razon ufano
Abel de su operacion,
« Mira, le dijo á su hermano,
¿Qué afortunada invencion! »
Cain replicó envidioso:
« No me parece maleja;
Pero no estés orgulloso
De una traza que es ya vieja. »
— Pues nadie me la enseñó,
Es mia, segun discurre. »
— No señor, que ya la usó
Primero que tú mi burro.
Para domarle, le eché
Al cuello un largo ramal,
Le até á un árbol y zurré
De firme al torpe animal.
Y corriendo él en redondo
Aquel y otro y otro día,
Un rastro dejó bien hondo
Abierto donde corria.
Aquel rastro, en buen derecho
Del círculo origen es,
Por tí con las manos,
Por el asno con los piés. »
Tal vez un crítico salta
Diciendo que el rasgo tal
Tiene contra sí la falta
De ser poco original.
Y buscando al pensamiento
Su principio, suele al fin
Ser hallazgo de un jumento
Semejante al de Cain.

J. E. HARTZENBUSCH.

VIAJES.

LOS CONVENTOS DE LIMA, Y SANTA ROSA PATRONA DE LAS AMÉRICAS.

El que no ha visto á la hermosa ciudad de Lima en un día de fiesta cuando al ruido de las descargas de artillería, y al estrépito de los repiques de campanas, andan por sus alegres calles envueltas en nubes de incienso las procesiones; cuando la población entera corre con entusiasmo á la plaza de Toros, ó acude al teatro á palmoear á la prima donna mas á la moda; el que no ha visto todo esto, repetimos, no puede formarse una idea de lo que son esas tumultuosas diversiones al aire libre, bajo los rayos de un sol ardiente, que hacen desear irresistiblemente al extranjerito un momento de reposo en la sombra y el silencio, en los sitios precisamente que mas frecuenta, esto es, en los magníficos conventos limeños.

¡Cuántas veces he buscado yo en los claustros de San Francisco un refugio contra las agitaciones populares, un abrigo contra los ardores del sol, y el olvido de esa existencia vagabunda que tan llena de encantos se me aparece hoy á la memoria! Allí mi imaginación ha querido revestir con indecibles atractivos los recuerdos del país natal que evocaba entónces, y que despues volví á hallar insípidos y descoloridos, tan cierto es que nuestro espíritu inquieto aspira sin cesar á los lejanos horizontes, y que el vapor de oro del ideal me ilumina con sus mágicos resplandores, sino las memorias del pasado, ó las esperanzas venideras.

Entregado á esa inefable melancolía que un ilustre

escritor llama la tristeza de la felicidad, he pasado largas horas embriagado en ese dédalo de galerías, en esos sitios donde saltan las aguas en fuentes de lesforme, donde los árboles y las flores de ambos hemisferios crecen juntos, esparciendo en su derredor su sombra y sus perfumes. No trataré de comunicar aquí al lector el efecto de unas impresiones, hijas quizás de una disposición de ánimo particular; tampoco quiero llevarle á visitar los cien monumentos religiosos de la ciudad; lo único que pretendo, es trasladar aquí mis notas relativas á tres de los principales conventos de Lima, que, bajo tres puntos de vista diferentes, me parece tienen títulos iguales á su interés.

San Francisco posee una iglesia, tres capillas y numerosos claustros, construidos unos al gusto morisco, y otros al estilo del renacimiento. La mayor parte de estos claustros conservan aun el carácter de su antigua magnificencia. Las galerías circundan un patio transformado en jardín inglés, y dominado por los dos campanarios iguales de la iglesia. Bonitos azulejos formando arabescos multicolores, y una serie de cuadros, representando la vida de san Francisco, adornan estas galerías que desembocan á corredores bien alumbrados, ó se pierden en profundidades misteriosas. Una verja de madera torneada cierra los soportales inferiores, prohibiendo la entrada del jardín á los legos traviesos y á los empleados subalternos. En el centro de esta esmeralda de verdura, un caño de agua quiere saltar sobre las cimas de cuatro cipreses gigantescos, mientras otros cañitos mas modestos suspiran en la sombra tristemente.

El genio familiar de estos hermosos sitios era un anciano humilde y sencillo como todo aquel que no conoce de la vida mas que las cosas inocentes. Llamábase Martin, y me quería bastante, porque pintaba estampas.

A este cariño debia yo la entrada en el jardín, y el buen anciano se complacia en mostrarme las riquezas de su humilde imperio; el suelo de flores rosadas y amarillas, el melocoton, el árbol de la pasión, el aroma de suaves perfumes, es el floripandio de anchos pétalos blancos y olorosos; y á pesar de que él bautizaba con nombres raros sus flores y sus plantas, yo reconocia en los grandes tiestos de tierra colorada, los claveles, el geranio, la flor del sol tan querida de los incas, y sobre todo las rosas que hacen pensar en la dolorosa exclamación de Quintana:

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

En su cenador de jazmin, acribillado de estrellas blancas, hay un viejo sillón, donde se sentaron en la flor de su vida los frailes que despues reposaron allí mismo en su decrepitud centenaria. Aquel era mi sitio preferido. El susurro de las aguas se mezclaba en torno mio con el canto de los pájaros, y á veces con las lejanas armonías del órgano, en tanto que yo me abandonaba á las meditaciones que despierta en la imaginación la patria ausente.

San Pedro es muy notable por sus altares que se hallan espléndidamente dorados y cargados de esculturas. Los retablos se componen de columnas retorcidas, en cuyo derredor serpentean y se cruzan pámpanos de yedra y festones, de los que cuelgan racimos y florecillas de oro. Uno de estos altares ha conservado el color de su madera, y está considerado como una obra maestra de ebanistería. Las paredes y pilares de esta iglesia se hallan ocultas bajo una multitud de marcos dorados y esculpidos de todas dimensiones, que por lo regular encierran lienzos de poco mérito, aunque á la verdad no pueden apreciarse bien, unos por falta de luz, y otros por la gruesa capa de barniz cuarteado que los cubre. A lo largo de la nave se ven unas banderolas de telas ligeras, suspendidas de la bóveda, que cortan simétricamente sus festones y se elevan ó se bajan al menor soplo de aire. A la entrada de la sacristía se ve un cuadro de Anibal Carraccio, representando á san Felipe Neri en éxtasis ante la Trinidad: el santo, sostenido por un ángel, queda en un claro oscuro, de un efecto maravilloso. Mas allá se ve un obispo, cortado de un lienzo de la escuela veneciana, atribuido á Pablo Veronés; una santa Gertrudis y una santa Teresa en muy mal estado, nos parecieron obras de gran mérito.

Esta iglesia pertenece al convento de San Felipe Neri, y comunica con su claustro principal, que es un claustro pequeño, con las paredes blancas; los arcos de la galería inferior se hallan separados por medio de tiestos de claveles y de albahaca. En el centro del patio hay un grupo de verdura, de cuyo centro salta un caño de agua. El convento considerado ya como muy grande, fué dividido en dos partes, de las cuales una sirve actualmente para el museo y la biblioteca de la ciudad, con entrada por la calle de los Estudios. El museo, en cuanto á cuadros, no tiene mas que los retratos de cuerpo entero de los vireyes del Perú y los de los generales mas notables de la guerra de la independencia. Los vireyes forman una serie de cuarenta y cuatro lienzos de igual dimension, sin ningun valor artístico. Sin embargo, el retrato de Abascal es superior á los demás. Si los primeros gobernadores del Perú hubiesen servido de modelo á un pintor quichua, contemporáneo de las terribles escenas de la conquista, seguramente su pincel consternado no habria añadido nada á la expresión ferroz é inflexible de sus fisonomías. Esos rostros verdosos ó pálidos, esas miradas severas ó meditabundas, esas narices aguileñas, y sobre todo los vestidos negros, dan á la mayor parte de las figuras todo el carácter del tirano ó del inquisidor de melodrama. La cabeza de Pizarro es el ideal del género. ¡Qué energía y qué misterios

tan siniestros debía encerrar el alma de semejante cabeza!

Los treinta y tres primeros vireyes se hallan casi todos vestidos completamente de negro. Solo el príncipe de Esquilache en traje de guerrero, y dos ó tres obispos con sus trajes sacerdotales, rompen esa monotonía, mientras el marqués de Villa-García, llegado de España con las modas de la corte de Luis XIV, que en tiempo de Felipe V atravesaban los Pirineos, ostenta su espléndido traje lleno de preciosos bordados. Sus sucesores que rivalizan con él en lujo y elegancia, parecen haber abandonado con el vestido, el aspecto avinagrado de sus antecesores; sus plácidas fisonomías revelan costumbres más civilizadas. Un Cristóbal Colon, hermoso rostro imberbe, donde brillan los colores de la prosperidad, y dos retratos, uno de Bolívar y otro de San Martín, completan la serie de los hombres que han figurado en el Perú.

La única cosa interesante del museo es una porción de objetos recogidos en los huacas (sepulcros indios): son figurillas de oro y plata, utensilios, algunos, de estos mismos metales, adornos y joyas, como collares y brazaletes, anillos y copitas de oro que servían de pendientes; monedas y medallas que metían en la boca de los cadáveres. Se ven también una porción de vasijas de barro de forma extraña, y de uso misterioso, que dan una idea completa del arte cerámico de los indios. Las vasijas de un verde oscuro como el bronce, representan un animal del género semivulpeja; su forma es la de un canastillo cerrado, cuya tapa está llena de arabescos rojos; regularmente tienen un tubo largo y puntiagudo que puede servir de silbato. A veces se ve pegado al cuerpo de la vasija un personaje obscuro y grotesco. También se ven algunos jarros esféricos, adornados con bajos relieves groseros y puestos en comunicación por un estrecho tubo; todos estos modelos tienen una estrecha abertura, y cuando se introduce un líquido por ella, se oye casi siempre un ruido que varía según la forma de la vasija, y que consiste en la imitación de una carcajada ó de un lamento particular que dicen usan los indios en sus funerales. Por fin, hay otras de estas vasijas donde no se podría introducir ni una sola gota de líquido, lo que hace que su uso es enteramente enigmático para nosotros.

Cerca de estos objetos se ven bajo fanales los cuerpos de sus antiguos dueños, tales como fueron inhumados, esto es acurrucados con los codos sobre las rodillas, y sosteniendo en sus manos crispadas una cabeza que los siglos no han despojado aun de su fuerte cabellera, y que rebelde á la cinta que la



Santa Rosa de Lima.



Claustro y convento de San Francisco en Lima.

ciñe, cae sobre un rostro asqueroso. Estos cadáveres conservan una piel amarillenta, arrugada en mil pliegues, y se hallan envueltos en un trapo de color de escarlata que ha resistido á la destructora permanencia del sepulcro. A veces se encuentran en las huacas objetos de valor y vasijas con partículas de oro, lo que indica que unas excavaciones bien dirigidas no dejarían de traer algún provecho. Sobre estos preciosos hallazgos hay tradiciones de tesoros enterrados, que no dejan de tener su encanto. Un día vendrá quizás en que algún oscuro ciudadano de la república descubrirá de un golpe la fortuna de un imperio.

La iglesia de Santo Domingo pertenece á la órden religiosa más rica de Lima. El altar de Nuestra Señora del Rosario era en efecto hace algunos años una maravilla; en lugar de mármol, no se veían más que metales preciosos, y entre sus accesorios figuraban candeleros de plata de seis pies de altura; lámparas colgadas de cadenas macizas y de urnas del mismo metal, donde ardían esencias preciosas, y querubines de plata con perfumadas antorchas en las manos. En la parte superior de este altar, en una especie de capilla misteriosamente alumbrada, se veía la santa imagen de la Virgen vestida como una princesa de los cuentos orientales, arrastrando el brocado de oro y el rico encaje, y teniendo en la mano un rosario de perlas nunca visto. Esta Santa Virgen tenía para cada día un manto particular, pero en la fiesta de la Asunción ostentaba todo el lujo de su guardarropa y de sus alhajas; entonces las luces que podían contarse por millares, las pastillas de incienso y de aloe, y las gomas perfumadas del Perú, siempre incandescentes, llenaban el espacio de un vapor, á cuyo beneficio aquellas joyas y vistosas galas parecían tomar proporciones fabulosas. Pero el esplendor de las so-

lemnidades religiosas se acaba con las rentas de los conventos, y Nuestra Señora del Rosario, que en todo el año no llevaba dos días seguidos el mismo traje, muestra hoy algunos mantos cuyo brillo se halla apagado por el uso.

Las demás imágenes de santos se hallan revestidas también de telas con bordados de oro. Artísticamente hablando, estas imágenes no son de un gran valor, pero en cambio se ve un grupo de mármol blanco de una gracia inimitable, colocado en una nave lateral sobre un altar dedicado á santa Rosa la única mujer que haya sido canonizada en las colonias hispano-americanas. Rosa se había consagrado en vida á santo Domingo, y llevaba el hábito de su órden, lo que explica la presencia en esta iglesia del cofrecillo

cincelado y adornado de piedras preciosas que contiene sus reliquias, así como la del grupo sobre la cual vamos á entrar ahora en pormenores.

— La Santa se halla tendida sobre la roca; sus labios entreabiertos exhalan el último suspiro, y su mano derecha colgando parece buscar aun el rosario que dejaron escapar sus dedos. En ella resplandece á la vez el éxtasis del ángel y el sueño de la mujer; su rostro manifiesta una doble belleza; la belleza plástica y precisa que determina una adorable pureza de líneas, y la belleza ideal, reflejo de todas las divinas perfecciones de aquella naturaleza de santa. A su lado se ve un querubín con las alas abiertas, la cabellera agitada por la brisa, y el pié tocando apenas la tierra, en una actitud llena de apacible y suave melancolía; su mano levanta con una timidez piadosa y delicada una punta del manto que le oculta el rostro de la virgen: tanta calma y serenidad parecen engañarle también á que desconoce la muerte, y no se atreve á guiar hácia Dios al alma que se desprende del cuerpo bienaventurado. En un ángulo de la roca yace un tallo cortado, á cuya punta se ve una rosa hermosísima; el alma immaculada de la Santa y la suave fragancia de la flor suben juntas al cielo en lo mejor de su existencia: ¡ambas vivieron bien poco!

Muchas veces me detuve delante de este grupo que deseaba apreciar en todos sus detalles, y deseoso sobre todo de conocer el nombre del autor; pero la vidriera que la cubre y la disposición en que se halla respecto del altar, no permiten que pueda examinarse con buena luz. Sin embargo, una vez un rayo de sol reflejado por una luna de Venecia, iluminó estando yo allí la cabeza de la Santa; la iglesia estaba desierta, la ocasión era favorable, y subiéndome en un banquillo logré contemplar de cerca aquella composición magnífica. Bajo un pliegue del capucho que levanta el ángel, ví entónces una corona de espinas que con una



San Pedro en Lima.

inaudita crueldad clavaba mil puntas aceradas en aquella delicada frente, en aquellas sienas, donde las venas cruzan sus hilos azulados; pero la expresión de inefable beatitud esparcida en la fisonomía de la moribunda, dice claro que está ya viendo los cielos entreabiertos.

Los paños están tratados con una verdad perfecta, diríase que es una tela petrificada de repente.

Para concluir mis observaciones sobre esta obra maestra, diré que es de un escultor italiano llamado Mazza, discípulo de Bernini, apellidado también el caballero de Bernini.

Creo inútil entrar en nuevos pormenores sobre los claustros compuestos en Santo Domingo también, de elegantes galerías con bonitos azulejos, techos de cedro, cuyos rosetones finamente esculpidos brillan radiantes aun en sus dorados sobre un firmamento azul bastante determinado ya, y por último de paredes cubiertas de frescos simbólicos.

Al atravesar una galería, ví dos lienzos de iguales dimensiones, donde un ingenioso artista se entretuvo en pintar las diferentes faces de la vida humana. En la del hombre, los trajes pertenecen al último siglo, y en la de la mujer, á las modas limeñas de nuestra época. Su composición es la siguiente: un arco que un árbol divide en dos partes iguales se abre en medio del cuadro; el árbol muestra en lo alto dos perfiles de mujer, el uno en la juventud, y el otro en la edad avanzada. Por un lado la naturaleza ostenta todos sus primores; por el otro el camino se halla sembrado de hojas secas, y dos hombres que llevan un féretro, pasan un charco de aguas estancadas. Una escalera sube por el lado de la vida, y por el sexto escalon llega al punto culminante del arco, donde bajan los mismos escalones por el lado de la vejez y de la muerte. En cada uno de estos escalones se halla la misma mujer con las transformaciones necesarias que la edad opera en sus inclinaciones y en su



Procesion religiosa en la plaza Mayor de Lima.

forma. De este modo, apenas salida de la sima, principia su ascension, y se nos aparece jugando con un pájaro; luego tiene en la mano una guitarra, que reemplaza á veinte años con las armas de su sexo y profesion, que son un bonito traje, un ramillete de rosas y un abanico; á los treinta la hallamos vestida de boda; á los cuarenta sus ojos lanzan los últimos destellos, y despues sube el último escalon, para bajar por el lado opuesto, tristemente vestida, con el devocionario en la mano, luego la bolsa, luego las muletás, y por último encorvada, con el rostro como un pergamino, y los ojos apagados, hasta que pone el pié en un féretro, colocado en el último escalon donde se lee el número 100, pues el artista en su composicion fija en un siglo la duracion de la vida humana.

M. R.

Historia de la semana.

La crónica abunda esta semana en noticias financieras. La cuestion de Oriente, que se creyó arreglada ya, y que mas que nunca se halla pendiente de un arreglo, ha producido estos últimos dias en la Lonja grandes peripecias. Es cierto tambien que nunca como ahora la fiebre del agiotaje ha tomado un grado de intensidad tan peligroso; diríase que todo Paris se halla acometido de la epidemia. La enfermedad al principio es muy alegre; pero este periodo de gozo y de satisfaccion no dura mucho; luego vienen los ataques repentinos y las crisis sembradas de amargos dolores.

Todo esto ha sucedido en nuestra semana; primero el triunfo y luego el fatal desenlace. ¿Porqué los fondos no están siempre en alza? Paris presenta un espectáculo admirable mientras dura el *crescendo*; esas fortunas adquiridas en un dia se derraman por todas partes en lluvia de oro, y aun aquellos que no juegan disfrutan de los beneficios del juego. Los teatros se hallan atestados de espectadores, el consumo del champaña se hace prodigioso; todos los objetos de lujo llegan á un valor inusitado; cada dia los especuladores afortunados realizan los sueños de la víspera; ayer era una elegante casa, un tilburi con un caballo, un abono en la ópera para este invierno, una casa de campo en las cercanías de Paris para el próximo verano; mañana será un palacio, con un ejército de cocheros y lacayos, y al otro dia... ¡nada!

Sin embargo, algunos elegidos tienen el tacto suficiente para detenerse á tiempo y realizar su primer sueño, y en este caso nada es mas chistoso que esa rápida transicion que cambia completamente las posiciones.

Dias pasados, un jóven elegante al despertarse, bien tarde por cierto, como todos los personajes de gran tono, llamó á su ayuda de cámara con un campanillazo que hubo de repetirse hasta tres veces antes de que el criado obedeciera al llamamiento de su amo.

— Disimule Vd., entré diciendo el ayuda de cámara, pero ante todo los negocios.

— ¿Y qué negocios tienes tú que ventilar cuando yo te llamo?

— Estaba en la sala hablando con el dependiente de mi agente de cambio.

— ¡Tu agente de cambio!

— Sí, señor; creo que no me está prohibido el especular con mis economías. Mi agente me trata como á los demás parroquianos, y me envia todas las mañanas un dependiente, á quien doy mis órdenes para la bolsa del dia.

— Pues mira, me harás el favor de ir á especular á otra parte; estás despedido de mi casa.

— Justamente adivina Vd. mi pensamiento, pues entraba para despedirme yo mismo.

— ¿De veras?

— Gracias al cielo, las órdenes que yo doy me producen mas que las que recibo, y por consiguiente desde hoy se me acaba el ser criado.

— ¿Con qué hemos hecho algunos cuartos, señor Vicente?

— Sí, señor, he ganado como unos treinta mil duros.

— No está malo.

— Y pienso seguir adelante, ya que la suerte me es propicia.

— Dios te ayude. Pero ¿cómo estamos de cuentas? ¿cuánto te debo de salarios atrasados?

— ¡Oh! no hablemos de eso; casi nada.

— Responde pronto.

— No lo sé á punto fijo, pero se me figura que serán unos cuarenta duros.

— Está bien; encima de la chimenea hay dinero, puedes cobrarte.

— Enhorabuena; mas si ahora no se halla Vd. en disposicion...

— ¡Insolente!

— No hay ninguna ofensa en lo que digo; y si Vd. estuviera mas sereno y quisiera escucharme, le haria á Vd. una proposicion de muy buena gana.

— ¡Una proposicion á mí! Habla, tengo curiosidad de saber qué proposicion es esa.

— Pues ya que Vd. lo permite, le diré que desde hace algun tiempo ha hecho Vd. tantos gastos, que debe Vd. hallarse algo apurado; quizás se verá Vd. obligado á moderar su lujo ántes de poco, y yo por el contrario quiero establecerme al instante y bajo cierto pié; de modo que me alegraria mucho hallar una casa puesta, cuyo lujo me es familiar; en una palabra, aquí me encontraría divinamente.

— De modo que me comprarías mis muebles, mis caballos y mi carruaje, te quedarías en mi aposento, me reemplazarías en todo y por todo.

— Eso mismo; ¿qué piensa Vd. de ello?

— Pienso que eres un necio impertinente á quien tengo ganas de castigar como es debido.

— Y yo le suplico á Vd. que no haga tal, y que emplee otras expresiones en su lenguaje. Acuértese Vd. que ya no estoy á su servicio, que no soy ya criado.

— De modo que si te insultara...

— Le pediría á Vd. una satisfaccion, ni mas ni menos.

— Me gustaria ver eso; ¿en dónde está mi látigo?

A estas palabras, el jóven saltó de su cama, y corrió á buscar el instrumento en cuestion; pero el ex-criado no juzgó oportuno sostener su fanfarronada, y se marchó prudentemente de la alcoba, y poco despues de la casa.

Esto se ha visto en todos tiempos, los criados imitan á los amos, y cuando estos especulan en la Lonja, no es extraño que aquellos hagan lo mismo.

A principios de la semana, un rico banquero habia convidado á comer en su casa á varias personas; ya por la mañana, dos de sus criados entraron á pedirle la cuenta, pues querian despedirse en el acto. En vano intentó el banquero detenerlos hasta el dia siguiente:

— Ni una hora mas, le respondieron; desde que somos ricos nos pesa la librea.

En el mismo instante la señora de la casa llama á su doncella para vestirse; la doncella se presenta de toda gala: vestido de seda con volantes, manteleta de blonda, sombrero de paja de Italia:

— Vengo á despedirme; he ganado ocho mil duros, voy á casarme, y mi futuro me lleva esta noche á la Opera donde representan los *Hugonotes*. ¡Oh, qué deseos tenia de ver el gran teatro de la Opera!

— ¡Estamos frescos! se dijeron el marido y la mujer; ¿cómo vamos á recibir á los convidados?

— Tú saldrás á buscar otros, mientras yo doy nuevas órdenes al cocinero.

Aquí nueva sorpresa; la cocina está desierta, y en las hornillas no se ve otra cosa que ceniza.

Un carruaje de alquiler entra en el patio, y se apea de él un caballero elegantemente vestido; es el cocinero.

— ¡A buena hora llegas para hacer la comida!

— ¡Cómo que á eso vengo! responde el cocinero; ¡una ganancia magnífica! Ya se acabó la cocina, y vengo á buscar al cochero, que es mi socio, y que como yo saluda á Vd. respetuosamente, señora mia.

Este fué el último golpe; la casa se quedó sin un solo criado. Dan las seis, los convidados se presentan, ¡y nada de comida!

No hubo mas remedio que contar la aventura, y con la ayuda de criados ajenos se mandó á buscar al café de Paris una comida improvisada. Todo se redujo á sentarse á la mesa á las nueve de la noche.

Sí, todas las categorías, todas las condiciones sociales se hallan confundidas en el vasto laboratorio del agiotaje. Y sino, no habia mas que ver en estos últimos dias de crisis á los especuladores de blusa guarneciendo los escalones y el peristilo del templo, en tanto que una triple hilera de elegantes carruajes rodeaba el monumento. Estos coches discretos tienen bien cerradas las cortinillas como si se ocultaran allí tiernos misterios, cuando no ocultan mas que el pudor femenino luchando con el amor del oro. Esta pasion es la única que las agita en este instante; quieren enriquecerse á toda costa, y lo demás las importa poco. Ya la subida de los fondos les mostraba un horizonte lleno de espléndidos aderezos, de cachemiras y de pederías; pero de repente la baja ha venido á destrozar sus sensibles corazones. ¡Infame cuestion de Oriente! Ahora vamos á ver el reverso de la medalla; de las grandezas vamos á pasar á los desastres.

Un hombre rico y estimable, enemigo de toda especulacion, disfrutaba de sus rentas tranquilamente, felicitándose de su apacible dicha; pero de repente, el hombre dichoso hubo de notar que su horizonte se cubria con algunas nubes; su mujer se mostraba inquieta, preocupada, salia de casa sola muy á menudo, sin decir jamás á dónde dirigia sus pasos. Sin embargo, nuestro hombre se mantiene firme, y solo titubea en su confianza despues de haber encontrado, sin buscarle, un billete concebido en estos términos:

« Hoy á las doce en el sitio acostumbrado; puede Vd. contar » enteramente con su esclavo.

» FERNANDO. »

A la lectura de estas dos líneas, las dudas se acabaron. ¿Quién podia ser aquel Fernando que hablaba de tal modo á su mujer? Pasando revista á todos los amigos, se convenció que el galan en cuestion, á lo ménos con aquel nombre, no figuraba entre ellos. Desgraciadamente ya eran mas de las doce cuando el marido ultrajado leyó el billete, de modo que aquel dia no hubo mas remedio que resignarse, sobre todo cuando no se indicaba el lugar de la cita. En efecto, á pesar de las crueles emociones que agitaban su alma, supo dominarse en presencia de su culpable esposa.

Al otro dia, ya muy de mañana, estaba alerta, pero el billete no vino; sin duda, pensó para sí, hoy se habrán dado la cita verbalmente. Despues de almorzar anunció á su mujer que estaria fuera todo el dia, y se puso de emboscada en la esquina de la calle, con el ojo alerta á la puerta de su casa. A las doce en punto, entra brincando un jóven elegante, cuya figura anunciaba un hombre afortunado en conquistas femeninas.

— ¡Ese debe ser! exclamó el marido celoso, que un segundo despues estaba en conversacion con el portero.

— ¿Ha venido alguien á preguntarme por mí?

— Nadie; el jóven que acaba de entrar ha preguntado por la señora.

— ¿Es ese jóven que suele venir algunas veces?

— Muchas veces por cierto.

— Está bien, le conozco.

Y pálido y temblando, sube, entra y suelta la andanada. Su mujer se corta, y el jóven se queda como un hombre que no sabe lo que pasa.

— ¿Es Vd. el caballero Fernando? exclama el marido encendido en cólera.

— El mismo, caballero.

— ¿Vd. es quién ha escrito este billete?

— Sí, señor.

— Muy bien, nos veremos las caras, pero entretanto salga Vd. de mi casa.

— Pero...

— Salga Vd. de aquí, soy el amo.

El jóven salió con las orejas bajas.

— ¿Con qué esas tenemos? exclamó el marido cuando se quedó solo con su esposa.

La mujer, que habia recobrado su serenidad y sangre fria con la prontitud propia de su sexo, le respondió sencillamente:

— Sí, convengo en que he hecho mal; ¿qué mas quieres?

— ¿Qué mas quiero? ¿Eso es todo lo que me dices?

— En verdad, no comprendo porqué estás furioso; yo hago lo que todas mis amigas.

— ¡Buena justificacion es esa! Tu sangre fria me confunde; ¿de modo que porque esas señoras, que llamas amigas tuyas, andan en intrigas, tú tambien?...

— ¡Cómo, caballero! ¿ha sido Vd. capaz de suponer?... exclamó la esposa, que á su vez se encolerizó lo mismo que el marido. ¡A mí semejante injuria delante de ese jóven, que habrâ comprendido la odiosa sospecha! Eso es horrible, indigno; no te perdonaré en toda mi vida.

— Pero entónces, ¿dime, á qué vienen los billetes y las citas, y porqué estaba aquí ese jóven?

— Porque jugaba secretamente sobre las acciones de los caminos de hierro; ahí está mi crimen, y Fernando, que es dependiente de un agente de cambio, era mi cómplice.

A esta declaracion, que cambiaba de un modo tan dichoso la faz de las cosas, el marido, recobrando su sosiego, manifestó la mayor alegría, pero la dama se hizo fuerte en su dignidad ofendida, é hizo esperar su perdon largo tiempo.

Además, cuando otorgó este perdon humildemente solicitado, la gracia fué precedida de estas palabras:

— Pero tu arrebató podrá costarte caro, pues me impediste dar mis órdenes á Fernando, y estoy segura de que vamos á perder mucho dinero.

— No le hace, lo pagaré contento.

— Eso es lo ménos.

Al otro dia, como la dama lo habia previsto, el jovencito Fernando, á quien el marido dió mil satisfacciones, presentó una cuenta que arrojaba una pérdida de dos mil duros.

El marido pagó, felicitándose de haber librado tan bien de su mal paso.

Pero como seria muy largo referir las historias de esta naturaleza que corren de boca en boca esta semana, concluirémos con una anécdota de cuatro líneas, relativa siempre al mismo asunto.

Antes de ayer, á la hora de las peripecias mas dramáticas, cuando los partes de San Petersburgo anunciaron que el emperador Nicolás no estaba en ánimo de transigir con los enemigos de la religion cristiana, un caballero sale corriendo de la Lonja, se acerca á uno de los carruajes parados á la puerta del templo, da un golpecito en el cristal, y se abre la portezuela como por encanto.

Un instante despues se oyen agudos gritos femeninos; la gente forma corro al rededor del carruaje.

— ¿Qué es eso?

— Están asesinando á una mujer en el carruaje.

La señora se hallaba en efecto en un estado lamentable, caída sobre el asiento, y torciéndose en convulsiones desesperadas.

Al punto quedó preso por las solapas el hombre que habia causado la catástrofe, y por cierto lo habria pasado mal, si no hubiera logrado darse á conocer por un pacífico corredor, culpable únicamente de haber anunciado una mala noticia, esto es, la noticia de la baja.

No habia allí el menor asesinato, no habia mas que un ataque de nervios sufrido por una señora que acababa de perder unos doce mil pesos fuertes, gracias á los partes telegráficos.

MARIANO URRABIETA.

Paris 18 de setiembre de 1853.

LOS TALISMANES.

V.

El convite que el conde de Rosenheim habia hecho á Federico era simplemente un convite de familia, sin ningun cumplimiento ni ceremonia. La conversacion que reinó durante la comida, fué sumamente amena y animada. La emocion de Federico, la situacion singular en la cual se encontraba, le causaban una excitacion febril que producía en su imaginacion una nueva vivacidad. Constanza lo escuchaba con un placer sencillo é inocente, y el conde parecia verdaderamente encantado con su jóven huésped. Por su parte, Federico no comprendía como el conde habia adquirido la reputacion que gozaba de severidad y de tristeza. Él vió que aquella frialdad solo era reservada para el público, y que en el seno de la domesticidad, M. de Rosenheim era un padre tierno, jovial é indulgente.

Este descubrimiento le dió valor para pedirle consejos. Despues de comer lo llevó hacia una ventana, y le dió parte de su nombramiento.

— ¡Inspector! exclamó el conde. Amigo mio, reciba Vd. mi cordial enhorabuena; á la edad de Vd. sobre todo, es un favor que no debe esperarse. El empleo es magnífico, tanto mas, cuanto que lo va á poner á Vd.

— Tranquílcese Vd., amiga, yo repararé esta pérdida: aun me queda grasa para Vd. y los amigos.

Y sin darle tiempo para reflexionar, la llevó á su casa y la metió en el patio interior. Le dió una puñalada, y arrojó el cadáver de la mujer donde había echado el avestruz. Pero aun quedaba alguno á quien castigar: cogió un palo, y dió una paliza buena á su señora esposa. Al día siguiente se escapó esta con pretexto de ir al baño, y corrió al tribunal del cadí á pedir el divorcio por malos tratamientos de su marido, y los crímenes que ella enumeró. El cadí vió el cielo abierto. El cadí decidió á la mujer á ir á su casa, según costumbre, y la llevó á la habitación de su esposa á esperar allí la decisión de su juez. El cadí fué á palacio, y denunció, como descubiertos por él, los datos recogidos. En seguida se mandó practicar un registro en los cuartos, bodegas y cisternas de Si-Djoha, y se hallaron el avestruz, la mujer y el tesoro.

Si-Djoha fué paseado en un burro con la cara vuelta á la cola del ignominioso animal. — El bey lo condenó á ser comido vivo por los perros de palacio.

Pero el bribon, sospechando que tarde ó temprano sería este su paradero, había tomado sus medidas, y nunca había pasado por la perrera sin darles pedazos de carne; de tal suerte que los animales feroces lo conocían perfectamente.

El día señalado para el suplicio, acudió la multitud á las puertas del palacio. El condenado fué conducido en camisa con las manos atadas á la espalda. Los chanches lo metieron con terror en el fatal recinto, y echaron á correr inmediatamente. ¡Oh prodigio! en vez de hacer pedazos el cuerpo de Si-Djoha, los perros lo rodearon lamiéndolo y acariciándolo. La multitud estupefacta gritó con voz unánime « ¡Alabanza á Dios! ¡Es un marabú! » Obligado á rendirse á la evidencia, el bey, avergonzado de su error, hizo edificar una zauia para Si-Djoha, donde este vivió muy bien y orando poco durante el resto de sus días.

Historia de una campana.

CUENTO AMERICANO, POR NATHANIEL HAWTHORNE.

¡Escuchad nuestra vecina, la de la lengua de metal! Mientras que yo estoy sentado pensativo ante mi hoja de papel, ella dice gravemente la hora, con voz tan fuerte, que puede ser oída en toda la ciudad, aunque yo sospecho que solo quiere prevenirme amistosamente que comience su historia ántes de que avance mas la noche. Es indisputable que un personaje tan elevado, y que hace tanto ruido en el mundo, tiene derecho á un historiador. Ella es el representante y el miembro mas ilustre de la numerosa clase que tiene por distintivo la lengua, y cuyo oficio está reducido á levantar la voz en favor del bien público. Sí, en nuestra democracia, gobernada por la lengua, envidia alguna de sus hermanas la superioridad que asigno á mi vecina, yo le permito que se cuelgue tan alta como ella. Y en cuanto á su historia, que no tema el lector una vana repetición del tin tan. Ella ha sido la heroína pasiva de maravillosas vicisitudes, que yo he sabido de su propia boca, cuando la indiferente multitud suponía que no hablaba mas que de la hora del día, que la convocaba á la iglesia, ó á comer, á dormir á los soñolientos, ó á los muertos á bajar al sepulcro. Ella ha atravesado muchas revoluciones, todas con mucho estrépito. En fin, que me haya ó no confiado sus recuerdos, al menos es cierto, que cuanto mas estudio su grave lenguaje, mas sentimiento, alma y sentido descubro en ella.

Esta campana es de construcción francesa, y la cruz que tiene en relieve, revela que ha debido pertenecer á una iglesia católica. Los ancianos de aquí saben por tradición que una parte de su metal proviene de un cañón de bronce, conquistado por Luis XIV en una de sus victorias contra los españoles, y que una princesa de la familia de Borbon echó su crucifijo de oro en el metal fundido. Se dice tambien que un obispo bautizó la campana, invocando en su favor las bendiciones celestiales. Cumplidas las ceremonias de costumbre, el gran monarca, la regaló á los jesuitas, que se ocupaban á la sazón de someter á los indios de América á la religion católica. Así esta campana, — la misma cuyos acentos podemos oír á toda hora, — sonó por la vez primera en la torre de una capilla de madera, al Oeste del lago Champlain, cerca del gran río de San Lorenzo. Llamábase la capilla de Nuestra Señora de la Selva. El sonido de la campana se extendió por el contorno como para redimir y consagrar el desierto pagano. El lobo ahulló oyéndola, corriendo por entre la maleza; el oso gruñón se alejó irritado; el tímido cervatillo se estremeció y se fué con su pareja á una soledad mas profunda. Los hombres rojos se preguntaban admirados cual era aquella voz que dominaba la del viento que silbaba á través de las copas de los árboles; y obedeciendo respetuosamente á sus órdenes, los padres, vestidos de negro, bendijeron á los salvajes que se acercaron á la capilla coronada con una cruz. Poco tiempo despues pudieron verse pendientes de sus cuellos atezados, muchos crucifijos. Los indios se arrodillaron bajo el humilde techo para adorar á Dios según los mismos ritos con que bajo la cúpula de San Pedro celebra el papa en presencia de los príncipes prosternados. Toda fiesta que ponía en movimiento los acordes acentos de las campanas de una catedral, ponía en movimiento la de la capilla de Nuestra Señora de la Selva. La campana

resonaba fuertemente en el desierto, cuando en las calles de Paris se celebraba el aniversario del nacimiento del Borbon, ó cuando la Francia había ganado alguna batalla en la vieja Europa. Pero el bosque solitario se entristecía al oír la campana que doblaba por la muerte de un jefe indio, que iba á ser sepultado bajo las hojas secas de aquel suelo virgen.

Entretanto, las campanas de un pueblo y de un culto enemigos sonaban en Boston y en otras ciudades puritanas el día de fiesta y de predicación. Sus ecos espiraban á centenares de millas al sudeste de la capilla de Nuestra Señora. Pero exploradores atravesaron el desierto que los separaba, y apercibieron, desde detrás de los troncos de los árboles, á los indios que se reunían al son de la campana. Algunos de estos llevaban en su cintura cabelleras rubias que habían cortado, como si fueran á depositarlas como trofeos en el altar de Nuestra Señora. Esparcióse la noticia entónces, de que el papa y el rey de Francia habían levantado esta capilla en la selva, á fin de impulsar á los hombres rojos á una cruzada contra los colonos ingleses. Estos tomaron medidas para defender su religion y sus vidas. La noche de una gran penitencia de la Iglesia romana, mientras la campana doblaba tristemente, y los sacerdotes entonaban un cántico de dolor, una banda de habitantes de la selva de la Nueva Inglaterra salió del bosque en tropel. Gritos feroces y descargas de mosquetería se oyeron de repente en la capilla. Los sacerdotes que oficiaban se precipitaron hácia el altar para defenderlo, y fueron degollados en sus gradas. Si como lo afirman antiguas tradiciones, no crece la yerba en el lugar donde fué vertida la sangre de los mártires, debe de haber á estas horas un espacio estéril en el sitio que ocupaba el altar profanado.

Mientras corría la sangre por las gradas, el jefe de la banda cogió una antorcha y la acercó á los paños del altar. El humo y la llama se levantaron como un holocausto, iluminando y oscureciendo alternativamente el interior de la capilla. — ¡ya cubriendo á los sacerdotes degollados con un sudario negruzco, ya mezclándolos con sus asesinos en una claridad terrible! Muchos deseaban ya que el humo ocultase este crimen á los ojos de Dios. Pero uno de ellos, de faz devota, pero con manos ensangrentadas, se acercó al capitan.

— Señor, dijo, el templo de nuestro pueblo no tiene campana, y hasta hoy ha sido preciso reunir á los fieles al son de tambor. Déme Vd. pues esta campana, se lo suplico á Vd. por amor del venerable M. Rogers, que estoy seguro que ha hecho mención de nosotros en las oraciones de la congregación desde el día que comenzamos esta jornada. ¿Quién sabe la parte que debemos de esta feliz empresa á los ruegos de este santo varón?

— ¡Buena! si el venerable M. Rogers nos ha ayudado justo es que tenga parte en el botín. Tomad la campana, y que Dios os asista, diácono Lawson, si os encargais de llevarla al pueblo. Hasta ahora ella no ha hablado mas que papismo, y esto en la jerga de franceses ó indios; pero si M. Rogers la bendice de nuevo, estoy seguro que su lenguaje será el de una buena campana inglesa y protestante.

El diácono Lawson y diez de sus compatriotas bajaron la campana, y la pusieron sobre sus hombros. Su objeto era trasportarla así hasta la orilla del lago Champlain, para llevarla desde allí por agua. Mucho ántes brillaban en la selva las llamas de la capilla de Nuestra Señora, proyectando en las hojas sombras fantásticas, y lanzando lúgubres reflejos en manantiales que jamás había visto el sol. Mientras los hombres de la selva atravesaban el desierto en medio de la noche, abrumados del enorme peso, la lengua de la campana sonó muchas veces de una manera terrible; tan, tan, tan! Era un sonido lastimero, como si hubiera doblado por los sacerdotes degollados, y la capilla incendiada. El diácono Lawson y sus compañeros no sospechaban apénas que doblaba por ellos. Una partida de indios, que habían oído las descargas de la mosquetería, y visto las llamas de la capilla, salieron en su persecución, y parecían animados á la venganza por los murmullos horribos de la campana.

De repente, en medio de un pantano profundo, atacaron al enemigo que se retiraba. El buen diácono Lawson se batió valerosamente, pero un tomahawk le cortó la cabeza, y fué tragado por la charca, con la pesada campana sobre él... Y por espacio de muchos años, la voz de nuestra heroína no sonó en oficios, fiestas ni funerales.

¿Está todavía sepultada en aquella tumba desconocida? — ¡No es muy probable, lector amigo, escuchad! ¿No la oís, en este mismo momento, órgano del tiempo, proclamando que son las nueve de la noche? Podemos, pues, deducir que alguna feliz casualidad la ha vuelto á colocar en las regiones aéreas.

Pero allí permaneció silenciosa durante muchos años, y lo que se debe extrañar es que no haya estado allí un siglo, ó una docena de siglos, hasta tanto que el mundo hubiera olvidado no solo su voz, sino la voz de todas sus hermanas. ¡Cómo en tal caso, hubiera hecho estremecer su voz á los que la hubieran sacado del abismo! Pero no estaba destinada á servir de objeto de estudio á futuros anticuarios. Hácia el fin de la primera guerra de Francia, una partida de gastadores de la Nueva Inglaterra, que precedía al coronel Bradstreet en su marcha hácia el lago Ontario, construyó un puente en un pantano. Clavando un pico, uno de ellos sintió la resistencia de un cuerpo duro y liso. Llamó á sus camaradas, y gracias á sus esfuerzos reunidos, la cúspide de la campana fué traída á la superficie; atósele una cuerda, y se le pasó una rama de árbol hori-

zontalmente. ¡Valor! ¡valor! ¡un esfuerzo mas! y hé aquí que se eleva su conquista chorreando agua, y guarnecida con ese musgo verde, amigo de los lugares húmedos. Cuando la base de la campana asomó fuera del agua, los gastadores vieron un esqueleto agarrado del agua, los dedos á la lengüeta; pero aflojándose en seguida, cayó en las aguas estancadas. Y la campana dejó oír un sonido lúgubre. ¿Se debe extrañar que tuviera afán de hablar despues de tan largo silencio? Los gastadores la pusieron en movimiento, de suerte que su voz grave y poderosa resonó en el bosque, y llegó á los oídos del coronel Bradstreet y de sus tres mil hombres. Los soldados se pararon; un sentimiento religioso, mezclado con el recuerdo de su patria, se apoderó de sus rudos corazones; cada uno de ellos creyó oír la campana de su iglesia, que conocía desde su infancia, y que había doblado por la muerte de sus antepasados. ¿Por qué magia este sonido sagrado llegaba á ellos por encima del murmullo del vasto Océano, para dejarse oír entre el ruido de las armas, el de la artillería que rodaba con estrépito, y el melancólico rumor de los vientos que removía las ramas de los árboles?

Los ciudadanos de la Nueva Inglaterra ocultaron su hallazgo en un sombrío retiro, entre una parda roca y las raíces, aun llenas de tierra, de un árbol derribado. Al fin de la campaña trasportaron á nuestra amiga á Boston, y la sacaron á pública subasta en King-Street con este objeto, la suspendieron á una viga, y la tocaron, dando ella así testimonio de sus propios méritos. El que ofreció mas fué un viejo y rico representante de nuestra ciudad, que la donó piadosamente al templo que había frecuentado por espacio de medio siglo. El buen hombre fué bien recompensado. Por una singular coincidencia, la primera ocupación del sacristan fué estrenar la campana por la muerte del donador. Pero muy pronto estos acentos dolorosos fueron apagados por un volteo triunfante con motivo de la rendición de Quebec.

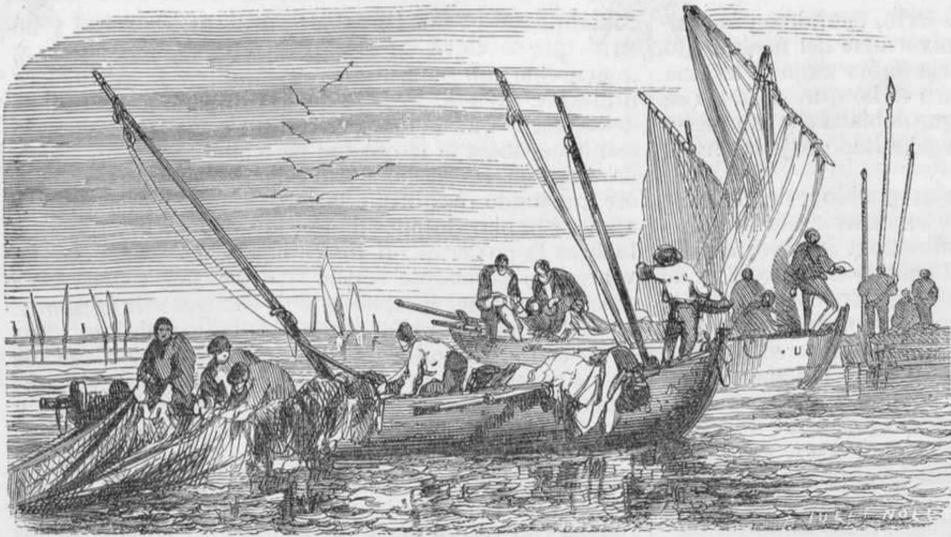
Desde entónces, nuestra heroína ha ocupado el mismo alto puesto; ella ha dicho algo en todas las funciones civiles, militares ó religiosas de alguna importancia. El día en que se proclamó la independencia en las calles que domina, los acentos que hizo oír parecieron á algunos siniestros mas bien que triunfantes. Pero sesenta años hace ya que los repite, y nadie se equivoca acerca del sentido que tienen. Cuando Washington, en la plenitud de su gloria, atravesó á caballo nuestras calles cubiertas de flores, ¡ella dió la bienvenida al padre de la patria! Su voz resonó tambien, cuando Lafayette vino á recoger la cosecha de medio siglo de gratitud. Entretanto, se han operado grandes cambios. Los sonidos que vagaban en otro tiempo por un puertecillo de provincia, retumban ahora en vastos edificios de ladrillo, y resuenan entre el ruido de una populosa ciudad. En otro tiempo, el día de fiesta, una muchedumbre pintoresca y variada obedecía al llamamiento de la campana; caballeros con trajes de terciopelo, pelucas blancas, y sombreros con galon de oro, marchaban con paso grave al lado de señoras con vestidos de raso floreado, y tontillos de majestuosa circunferencia, en tanto que, detrás de ellos iba un esclavo, ó un lacayo con librea, llevando el salterio y el calentapiés de su señora.

La clase media, vestida modestamente, abría paso á la nobleza en la puerta del templo, como si se admitieran distinciones á los ojos de Dios. Y sin embargo, cuando los féretros se sucedían á través de la calle, la campana les tocaba á todos el mismo *Requiem*. ¿Qué le importaba á ella, que el féretro llevara ó no un escudo de plata? « O tierra, abre tu seno maternal, » decía la campana; « otro de tus hijos viene á buscar su largo reposo. ¡Recíbelo en tu seno, y que duerma en paz! » Así hablaba la campana, y la tierra recibía á su hijo. Los mismos acentos conducirán á la generación actual á los brazos de su madre, y la tierra recibirá del mismo modo á sus hijos. ¿No está tu lengua cansada, habladorzuela, al cabo de dos siglos? ¿Oh campana fúnebre, tus golpes melancólicos no te romperán jamás? ¡Sí, y el llamamiento de la trompeta despertará á los durmientes, á quienes no podía despertar tu voz solemne!

Pero en este momento, tu voz me recuerda que consumo el *aceite de media-noche*. Apénas imagino que otros mortales te han oído, ó que tu son vibra en otra parte mas que en mi alma. Pero tú has hablado á otros muchos. Hombres inquietos te han oído desde sus almohadas, adonde no acude el sueño, y han pensado nuevamente en los cuidados del siguiente día. En un corto intervalo de vigilia, los hijos del trabajo te han oído, y dicen: « ¿Ha trascurrido ya tan gran parte de nuestro sueño? ¿Está ya la mañana tan cerca de nosotros? » El crimen te ha oído, y murmura, « ¡Esta es la hora! » La desesperación te responde: « ¡Tanto ha pasado de esta fastidiosa existencia! » La madre jóven, en su lecho de dolor y de alegría, ha contado tus golpes, y data desde este momento la vida y la inmortalidad de su hijo primogénito. Los recién casados han escuchado, y sienten que su noche feliz pasa como un sueño. Tus acentos han caído débilmente en el oído del moribundo, y le han advertido que ántes de una hora pasará su alma á los lugares donde no penetra la voz del tiempo. ¡Desgraciado de él, en tan largo viaje, si tu voz, — la voz del tiempo que huye, — no le ha enseñado nada para la eternidad!

La pesca de la sardina.

Seame permitido empezar este artículo diciendo que



Pesca de las sardinas



Desembarco de las sardinas.

no hay nada tan fastidioso en el mundo como la pesca en el mar. Cuando uno participa de esta insípida diversion, comprende los placeres vivos y variados del pescador de caña. Solo el acto de la partida es pintoresco: diviértese uno en ver salir las barcas con sus velas desplegadas, y balancearse graciosamente como los niños traviosos que se escapan de la escuela para jugar con entera libertad. Pero pronto desaparece la costa y se encuentra uno solo, no teniendo por horizonte por cualquier lado que tienda sus miradas mas que olas semejantes entre sí, monotonía que fastidia muy pronto.

Para distraerse, contempla uno las sardinas que se dispone á pescar, admira la perfeccion y gracia de sus formas, la facilidad de sus movimientos, el brillo y variedad de sus colores, los reflejos fascinadores de su cota



Salazon de las sardinas.

argentina, esmeralda y azul. Pero por mucho que uno esfuere la voluntad, no puede pasar un dia entero contemplando un pescado. Además, una vez embarcado en una lancha pescadora, tiene una precision de esperar á que la pesca esté concluida para volver al puerto, y la tal pesca suele durar veinticuatro horas. Consideren pues mis lectores el placer que puede resultar de ver repetir tarde y mañana el mismo ejercicio cuya descripcion tomo de un autor anónimo.

« Al acercarse á los bancos de sardinas, se da una posicion conveniente á los barcos: el patron arroja una red al agua por la parte posterior, y la amarra á la embarcacion por la parte de la relinga, cuyos plomos hacen tomar á la red una posicion vertical, y se rema luego para extenderla. Durante toda esta operacion, el patron echa un cebo



Lavado de las sardinas.

formado con huevos de pescado al lado de la red, opuesto al en que se perciben las sardinas, las cuales por la aficion que tienen á dicho cebo, nadan precipitadamente y se meten en la red, queriendo atravesarla. Se conoce que la red está cargada de pescado cuando se hunden los corchos, agitándose en el agua, y entonces se continúa la operacion de derramar el cebo para atrapar el mayor número posible de sardinas. Escusado me parece decir que cuando una red está bien cargada se saca y se sustituye con otra. Tan pronto como las sardinas están fuera de la malla, se las coloca cuidadosamente en cestas, formando capas, teniendo la precaucion de echarlas sal molida.

» Las sardinas reciben despues diversas preparaciones: ya se conservan solo con la sal blanca,



Colocacion de las sardinas sobre las cestas-parrillas.

ya se lavan con el agua del mar, y se ponen lo que llaman en salmuera, ya se escabechan, etc.»

Yo he presenciado otra operacion en el puerto de Intel, la cual está reducida á lo siguiente:

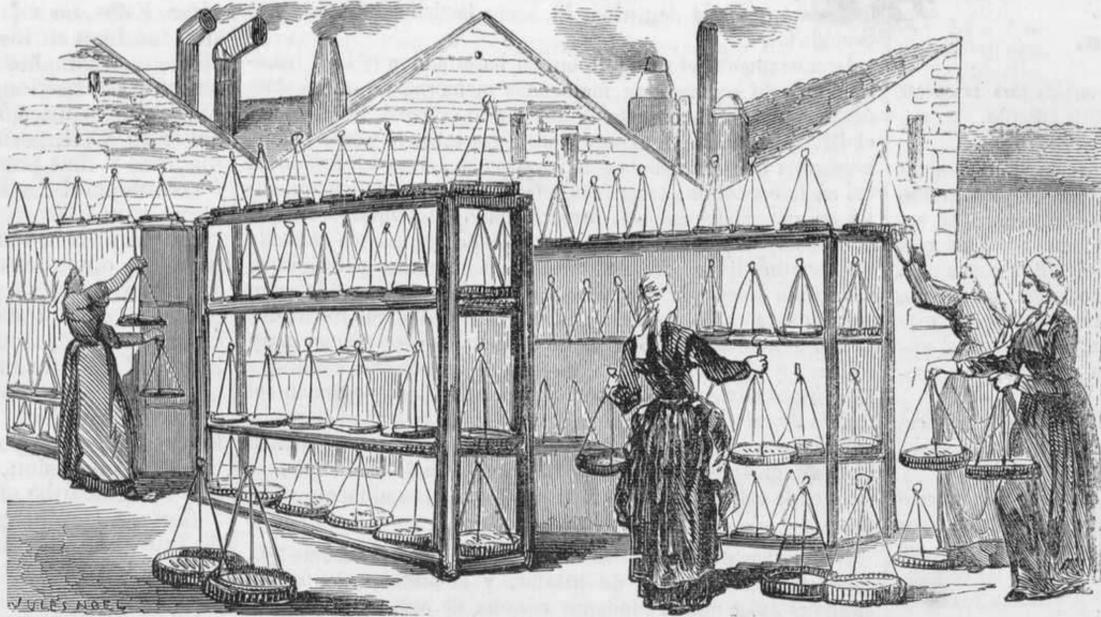
Luego que las sardinas han salido del agua son llevadas por los pescadores al taller de salazon, donde hay mujeres empleadas en bañarlas con sal molida y extenderlas sobre tablas inclinadas, á fin de que suelten la sangre y la salmuera: allí otras mujeres las cortan la cabeza y la cola, las quitan las tripas, y al cabo de un rato las llevan en cestos, que contienen sobre doscientas sardinas cada uno, á la orilla del mar para lavarlas. En fin, las ponen sobre unas parrillas á secarse, y por último las cuecen en aceite.

Pero falta algo todavía. Cuando las sardinas se han enfriado,

otras mujeres las llevan a una sala y las colocan una por una en cajas que conducen luego al taller, donde obreras especiales las sumergen en aceite.

Entónces vienen los ojalateros á cerrar herméticamente las cajas soldándolas, y hecho esto las llevan al laboratorio donde vuelven á hervirse en unas calderas particulares que tienen huecos á propósito para colocar las cajas. Terminada esta operacion las llevan al almacen donde las ponen el rótulo, y encajonan para el trasporte. Un ojalatero puede rotular 2000 ó 2500 cajas cada dia.

Segun los últimos datos estadísticos pasan de 600 millones de sardinas las que se pescan anualmente en las costas de la Gran-Bretaña. Sin embargo, no es allí donde se comen las mas sabro-



Oreo de las sardinas al aire libre.

sas y frescas. Los parisienses dicen que el que tenga gana de comprar las buenas ostras de Ostende, pasta de Chartres, mostaza de Dijon y ciruelas de Tours, debe permanecer en Paris, tomándose solo el trabajo de ir al mercado mas próximo de esta gran poblacion, y con esto quieren tambien decir que aquí es donde se pueden probar las mejores sardinas que el mar produce. Algo hay de verdad en todo esto, porque ¿qué no habrá en una capital donde todos los géneros tienen ricos y abundantes consumidores? El clima de la Francia no es á propósito para producir ciertas frutas de España y de la América meridional; pero todas estas frutas se encuentran sin duda en Paris, perfectamente conservadas como si acabaran de

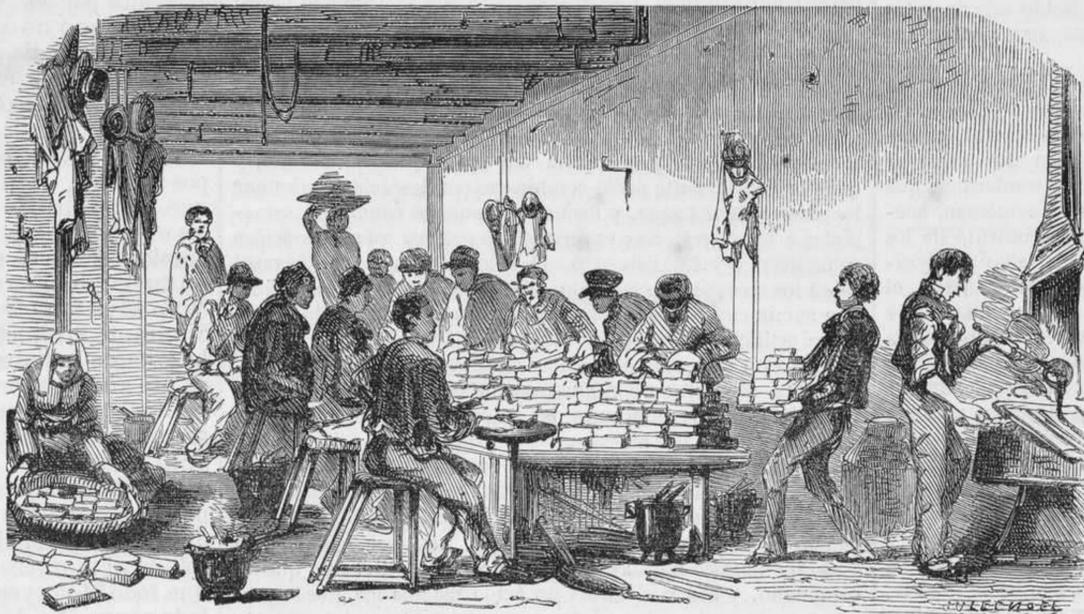


Acto de freir las sardinas y de lavar las cajas.



Colocacion de las sardinas en las cajas.

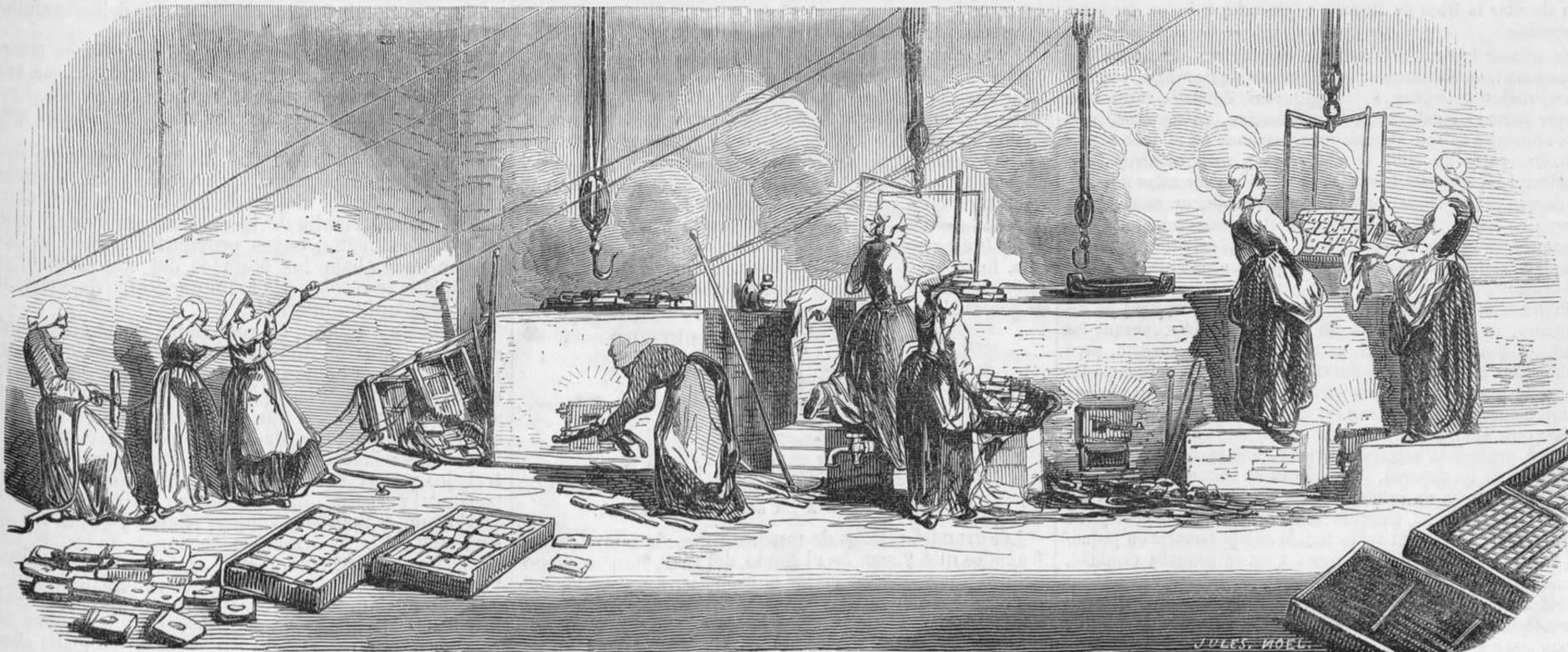
arrancarse del árbol. Hay cosas sin embargo que tienen una localidad marcada y de la que no pueden apartarse sin perder algo de su valor, entre las cuales coloco yo las sardinas, que apesar de la rapidez con que se trasportan por los caminos de hierro, en ninguna parte son tan apetitosas como en el puerto, y hay además puertos en que este pescado tiene alguna ventaja sobre el de otros puertos, como que en la inmensa extension de los mares, cuyas aguas contienen tan distintas sustancias, segun la calidad de los terrenos, cada pescado presenta diferencias muy notables. En este concepto me atrevo á decir que en ningun país de Europa, y por lo tanto en ninguno de sus mercados pueden hallarse sardinas comparables á las que se ven-



Operacion de soldar las cajas de las sardinas.

den en Santander y demás puertos de las costas de Cantabria. Esto tiene su explicacion física, ese agente universal de la vida llamado calórico, cuya influencia en los climas meridionales imprime mayor energia que en el Norte á todas las sustancias animales ó vegetales. Por esta razon no se atribuirá á espíritu de nacionalidad la preferencia que damos á ciertos frutos de nuestra península sobre los de otros países. A pesar de esto, lo repetimos, en los mercados de Paris se halla lo mismo en pescados que en frutos, cuanto puede apetecer el gusto mas delicado, y nosotros hemos tenido el gusto de ver con frecuencia las sardinas vivas como si nos hallásemos en el mar.

A. G.



Acto de poner y quitar las cajas en las calderas para cocer por última vez las sardinas.

Boletín científico.

La muerte. — Nueva planta alimenticia. — Nuevo método para reconocer los nitratos. — Accion de los ácidos sobre la glicerina.

El señor Robin pretende destruir una creencia, que desgraciadamente la experiencia diaria comprueba. Hemos creído hasta ahora que todos los seres vivientes nacen, crecen, se reproducen y mueren. Es un axioma, en fin, que: *contra vim mortis nullum es medicamen in hortis*. El señor Robin nos concede fácilmente que todos concluimos por morirnos; pero trata tan solo de probarnos, que si todos tenemos ese fin, es mas bien por descuido é ignorancia nuestra, que por necesidad absoluta y natural; encontrada la causa de la muerte, nos propone un medio de prevenirla.

Sin querer entrar en el exámen completo de la tendencia filosófica del señor Robin, dirémos, sin embargo, algo sobre ella.

La primera cuestion que se nos presenta, es saber si la muerte es un mal ó un bien. Muchos filósofos antiguos y modernos han enseñado que la muerte es un bien, y que lo único que puede consolarnos de la vida, es la certidumbre de su conclusion. Plinio sostenía que el mayor bien que nos habia hecho la naturaleza, era la corta duracion de la vida. Séneca nos asegura que la muerte es la suprema felicidad rehusada á los dioses. Hegesias, llamado el orador de la muerte, probaba tan bien su tesis, que al salir de sus lecciones se suicidaban muchos de sus oyentes, y el rey de Egipto, para conservar sus vasallos, tuvo que imponerle silencio. Epicuro, que hacia consistir la felicidad en la satisfaccion del espíritu y en los goces corporales, y cuya divisa era: «Obrar de modo que el placer fuese el único fin de las acciones;» en conformidad con su doctrina pretendia que no se debe temer á la muerte, no porque sea una cosa lisonjera y agradable, sino porque al pensar en ella nos entristecemos. Si la presencia de una cosa no puede atormentarnos, su perspectiva no debe inquietarnos; así, la muerte que se mira como el mayor de los males, debe sernos indiferente, porque nuestra existencia y ella son dos cosas distintas, y que no pueden ser coetáneas. Mientras que vivimos, no está con nosotros, y cuando nos morimos, no estamos con ella. Una de las escuelas mas célebres de la antigüedad, que tuvo el honor de contar entre sus discípulos á Ciceron, Séneca, Marco Aurelio y Epicto, la secta estoica, que se proponia asociar íntimamente la verdad y la virtud, sostenía que la muerte no es un mal en sí misma, y que el verdadero mal existe en la idea que nos formamos de ella.

Existen razones poderosas para probar que la muerte es una cosa necesaria y fatal, y además la experiencia diaria nos lo prueba, de modo que la memoria del señor Robin está de antemano juzgada; sin embargo, expondrémos brevemente sus ideas.

La combustion necesaria para sostener la vida, me parece ser, dice el señor Robin, por los productos que deja, la causa que determina la vejez y la muerte. Animal ó vegetal, el alimento, el combustible que los animales tienen que tomar es tanto mas considerable cuanto mayor sea la combustion que necesitan para su subsistencia. Esos alimentos contienen, además de las substancias aptas para operar el crecimiento de los animales, materias minerales que son transportadas y depositadas en sus diferentes órganos. Los líquidos que ingieren, el aire que respiran, depositan tambien en la economía mas ó menos substancias minerales. En los primeros tiempos de la existencia del animal, esos materiales sirven para consolidar el esqueleto; mas tarde, cuando este se encuentra completamente desarrollado, incrustan y mineralizan mas ó menos nuestros órganos. Esta incrustacion produce la vejez y la muerte.

Encontrada la causa de la muerte, el señor Robin propone el ácido láctico para disolver las substancias minerales que producen la muerte, creyendo, por consiguiente, evitarla de este modo.

Nos parece imposible que un sabio tan distinguido como el señor Robin haya avanzado semejantes ideas, porque de intento, no se pueden reunir mas hechos erróneos y principios controvertibles. Involuntariamente nos hemos acordado de nuestro antiguo profesor de latin, que no hubiese dejado pasar la ocasion de citar la frase de Horacio: *Quandoque bonus dormitat Homerus*.

En primer lugar, los alimentos que ingiere un animal no se quemau inmediatamente; para que sean absorbidos, pasen á la circulacion y lleguen á los pulmones, donde se verifica en mayor parte el fenómeno de la combustion, es necesario que esos alimentos sufran algunas modificaciones en el tubo digestivo. Una parte de ellos es absorbida y otra es arrojada, y constituye las materias fecales. Una parte de las sales minerales de que se preocupa tanto el señor Robin, es espelida del cuerpo en las materias fecales. Las otras sales minerales que puedan provenir de los líquidos ingeridos, del aire respirado, y de la descomposicion de los sólidos de la economía, salen por las orinas.

Pretende el señor Robin, que durante la primera edad de los animales, la mineralizacion no puede verificarse, porque las substancias minerales sirven para consolidar el esqueleto, pero dicho señor debe saber que durante toda nuestra existencia los huesos se forman y descomponen sucesivamente, de modo que siempre encontrarían un empleo esas sales.

Por otro lado, sería necesario probar si la alteracion de los órganos produce la vejez y la muerte, ó si la vejez produce la alteracion de los órganos, lo que entra en la cuestion tan debatida si la vida es un principio ó un resultado.

Pero lo que nos ha parecido muy original, es el consejo de usar el ácido láctico. El ácido láctico puede tomarse en pequeña ó en gran cantidad. Si se administra en pequeña cantidad, al momento pasa á la sangre, al estado de lactato, y no podrá disolver las incrustaciones. Si se introduce en gran cantidad, alterará la sangre, que será ácida en lugar de ser alcalina; de modo que seguramente se produciría una enfermedad, porque la sangre tiene que ser forzosamente alcalina para llenar todos

los usos á que está destinada. El ácido láctico es pues inútil ó perjudicial.

Decididamente el señor Robin no ha estado muy bien inspirado cuando publicó esa malhadada memoria, no quedándole despues ni aun el consuelo de haber sido original. Un italiano, el Dr. Valli, habia ya expuesto sus ideas sobre la vejez, y tambien creía que era debida á la invasion sucesiva del fosfato de cal en la economía; aseguraba que privándonos de los alimentos en que existe esa sal, ó recurriendo á las substancias que la descomponen ó disuelven, se puede alargar la vida mas allá del término fijado por la naturaleza. Si juzgamos del régimen sin fosfato de cal por lo que sucede á los animales, no lo aconsejaríamos á nadie, porque Chossat ha probado que los huesos de los animales sometidos á esa alimentacion se vuelven muy frágiles, y el animal perece víctima de una diarrea continua. El instinto advierte á los animales la necesidad que tienen del fosfato de cal; por eso vemos que las gallinas comen tierra, y por esta necesidad se puede explicar la costumbre que tienen ciertos indios de comer tierra tambien, con lo cual suplen el fosfato de cal, que no abunda en el maiz, su alimento ordinario.

Nueva substancia alimenticia. — La industria consume una gran cantidad de fécula de patatas, y la alimentacion de los animales exige una abundante cosecha de estas, pero desgraciadamente el *botrytis infestans* las destruye. Era, pues, necesario encontrar una planta para reemplazar la patata. El señor Basset propone una planta de cultivo fácil y poco costoso, que contiene un 3 y hasta un 5 por ciento mas de fécula que la patata. Ese vegetal tan apetecido es la *fritillaria imperialis*, planta cultivada por adorno en los jardines.

Nuevo método para reconocer los nitratos. — La ciencia posee hoy un método excelente y muy elegante, que consiste en el uso de la mezcla de sulfato de protóxido de hierro y de ácido sulfúrico, que toma un hermoso color violado, por pequeña que sea la cantidad de nitrato que se le agregue. De antemano creemos difícil que el método que propone el señor Davy sea superior al indicado.

Este nuevo método reposa en la propiedad que tienen los nitro-prusiato de producir una hermosa coloracion purpúrea, cuando se les agrega algunas gotas de una disolucion de monosulfuro de potasio. Se ejecuta del modo siguiente: En el líquido ó sólido que se examina se añaden algunas gotas de ferrocianuro de potasio, y un poco de ácido clorhídrico de 1,5 de densidad, se agita la mezcla, y se calienta á 72° cent.; se deja enfriar, y se neutraliza el líquido por medio del carbonato de sosa ó de potasa, teniendo cuidado de no añadir un gran exceso de carbonato de sosa ó de potasa, lo que sería perjudicial se filtra, y en el líquido que pasa se pegan algunas gotas de monosulfuro alcalino. Por pequeña que sea la cantidad de nitrato que haya existido en el líquido ó sólido ensayado, al momento se verá aparecer un hermoso color purpúreo.

Accion de los ácidos sobre la glicerina. — El ilustre químico Pelouze hace muchos años descubrió dos compuestos de ácido sulfúrico y de ácido fosfórico con glicerina, y de sus experimentos dedujo que la glicerina era una especie de alcohol, y que por consiguiente podía combinarse con los ácidos, eliminando los elementos del agua, y formar compuestos copulados, semejantes á los éteres. Sus experimentos propios sobre los ácidos sulfoglicérico y fosfoglicérico, el célebre trabajo de Chevreul sobre los cuerpos grasos, todo comprobaba su asercion; pero aun suministró una prueba mas á su teoría, preparando la butirina artificial, por la union directa del ácido butérico y de la glicerina en presencia del ácido clorhídrico. Diversas ocupaciones le impidieron continuar sus investigaciones, pero felizmente uno de sus discípulos las emprendió, y ha confirmado en todo la teoría del maestro.

La glicerina, segun resulta de los experimentos de Berthelot, es un alcohol particular que se combina con los ácidos, para formar compuestos análogos á los éteres, pero distintos en cuanto á las leyes de su composicion. Así, por ejemplo, un ácido monoláctico no puede producir con el alcohol mas que un compuesto, y con la glicerina un ácido monoláctico puede producir varios compuestos. Estos compuestos poseen los caracteres siguientes:

Todos pueden representarse por el ácido, mas glicerina, menos agua.

Tratados por los álcalis, producen lentamente el ácido primitivo y la glicerina. El ácido clorhídrico los descompone del mismo modo. Una mezcla de alcohol y de ácido clorhídrico da lugar á una doble descomposicion, que produce el éter vinico del ácido combinado con la glicerina, y esta queda libre en el líquido. El amoniaco produce con ellos amidos y glicerina.

Estas combinaciones se obtienen por la union directa de sus elementos inmediatos, bajo la influencia de un contacto prolongado en vasos cerrados y sometidos á una temperatura mas ó menos elevada. En ciertos casos pueden obtenerse por via de doble descomposicion entre los éteres ordinarios y la glicerina. En fin, como lo habia ya indicado Pelouze, se preparan fácilmente haciendo obrar el ácido clorhídrico sobre una mezcla de glicerina y del ácido cuya combinacion se quiere obtener.

REYNOSO.

El buque submarino ó de buzo

Y SU APLICACION Á LA GUERRA MARÍTIMA.

Los grandes tesoros de muchos miles de buques naufragados que yacen en el fondo del mar, han excitado poderosamente hace siglos el espíritu investigador del hombre para inventar aparatos con que sacar á la luz del dia las cosas sumergidas. Segun indica Aristóteles, habian, algunos famosos nadadores, llevado ya en su tiempo á un alto grado de perfeccion el arte de sumer-

girse. Estos, no solo servian para la busca de las perlas, sino tambien en los sitios y combates marítimos para atraer con ganchos de hierro á los buques enemigos ó destruir sus bastiones. La invencion de la campana de buzo, que aconteció muy probablemente á principios del siglo XVII, permitió sacar del fondo del mar fardos mayores y mas pesados, arrancar áncoras enclavadas, ó reconocer el fondo del agua con el fin de construir obras náuticas.

La máquina que ahora mas generalmente se emplea para este objeto es un instrumento hueco á manera de campana, de seis á ocho piés de altura, abierto por la parte de abajo, teniendo por la superior cristales lenticulares para su iluminacion, y que se traslada en un buque al sitio de su destino, y atado con fuertes cadenas y tripulado generalmente con dos personas se hunde en la profundidad. Desde arriba se introduce el aire fresco en el buzo por medio de una máquina neumática de compresion, lo cual impide al mismo tiempo el que el agua suba en la campana.

Con semejante aparato construido segun el sistema de Triewald, han sido puestos en tiempos recientes los cimientos para muelles y murallas de puertos, en una profundidad de 34 piés, y se han vuelto á traer á la superficie del agua muchos cañones enterrados en el cieno del mar.

Sin embargo, la mejor campana de buzo queda siempre un instrumento muy torpe que su buque de transporte solo puede remolcar en una distancia muy corta y con la mayor precaucion por el fondo del mar. Además se hallan los hombres en la campana expuestos á los mayores peligros, como verbigracia al rompimiento de las cadenas, y obligados á trabajar de continuo con los piés en el agua fria, siempre que la máquina sumergida haya encontrado el verdadero sitio de los trabajos, lo cual va siempre acompañado de muchas dificultades preliminares.

¿Cuántas ventajas en cambio no proporcionaria un buque, con el cual se pudiera á su antojo bajar á la profundidad, y despues andar aquí en todas direcciones? Suponiendo que un semejante buque, aunque armado de una corta tripulacion, pudiera permanecer dos ó tres horas en el mar, y cambiar por medio de la expulsion de agua, y por la produccion del vacío su peso exactamente calculado, ¿qué perspectiva interesante no abriria la solucion de este problema á las ciencias naturales, á la pesca de perlas, á varios objetos náuticos, y final y particularmente á la táctica de mar? Por esta razon hemos creído que, para todos los que excitados por las escasas noticias periodísticas, han buscado en vano un compendio de la historia de la náutica submarina, podia ser agradable tener un resumen cronológico de los ensayos que se han hecho hasta aquí con el fin de hacer navegables las profundidades del Océano.

Prescindiendo de algunos relatos fabulosos de tiempos remotos, el americano Bushnel ha sido el primero que ha construido un buque submarino ó de buzo. Pero los ensayos que se hicieron en 1776 en el Delaware para emplear á aquel como máquina infernal submarina, no tuvieron ningun resultado satisfactorio. El mismo éxito tuvieron otros ensayos que bajo la direccion del almirante Bushnel se practicaron al año siguiente en la costa de Inglaterra. Mayores fueron los que obtuvo veinte años despues el célebre Fulton, que hizo en Paris una serie de ensayos con buques y minas submarinas, siendo sus esfuerzos coronados por último con un gran éxito.

Habiéndosele, sin embargo, acabado sus recursos para poder seguir estos costosos experimentos, se dirigió al directorio en solicitud de auxilios, cuya súplica fué remitida al ministro de la Guerra á informe. Este declaró que todo el proyecto era una quimera, y negó á este todo apoyo. No desanimóse por esto Fulton; construyó un bonito modelo de su buque submarino y lo envió al directorio. Esta vez resultó una contestacion mas favorable, y se nombró una comision que debia examinar la invencion.

A pesar de que esta comision dió un informe favorable sobre los ensayos verificados, se comunicó, sin embargo á Tulton la inesperada resolucion de que el ministro de Marina no se hallaba conforme con su proyecto.

Igual suerte cupo á un tal Reveroni, que en la misma época formó el mismo proyecto. El buque submarino construido por el plan de este tenia la particularidad de que sobresalía de la cubierta un mortero colocado verticalmente, cuyos proyectiles habian de desgarrar desde abajo los costados del buque enemigo. Fácilmente se reconoceria lo impracticable de semejante clase de máquina infernal.

Volvamos á Fulton, el cual habia pasado entretanto en él tres años de infructuosos afanes y solicitudes. Desatendido del gobierno francés, se habia dirigido con sus proposiciones á la república hática, y experimentó aquí la misma suerte que en Francia. Sin embargo, con el auxilio del embajador americano en Paris, Mr. Barloco, fué dado al energético Tulton proseguir en sus trabajos y ensayos. Napoleon, nombrado en aquel tiempo cónsul perpetuo, fijó por último su atencion en el americano, y mandó á Volney, Monge y Laplace le informasen sobre la invencion de aquel. Habiendo sido favorable este informe, recibió el ingenioso americano una cantidad considerable para construir un gran buque submarino, á cuya construccion se procedió desde luego en el Havre; pero desgraciadamente no tenemos sino noticias muy escasas con respecto á aquella obra. El buque estaba enteramente forrado de cobre; por las-

tre tenía agua, lo cual podía sacarse por medio de grandes cilindros de hierro y de una bomba de presión cuando se quería subir en el agua. Para mover el buque servían tornillos ó husillos colocados horizontalmente, mientras que otro vertical aplicado sobre la cubierta facilitaba el que el buque se hundiera hasta la mayor profundidad sin necesidad de aumentar el lastre.

En los puertos del Havre y de Ruan se hicieron ensayos con este buque submarino, el que sin embargo presentó aun considerables defectos en su máquina. Después de remediar estos, tuvieron algunas pruebas hechas ulteriormente en Brest un mejor resultado. En una de estas se sumergió Fulton hasta una profundidad de 60 piés; quedó 20 minutos debajo del agua, volvió á aparecer á mucha distancia del punto de donde había bajado, y llegó por fin otra vez al sitio del cual había partido.

El 17 de agosto de 1801 permaneció cuatro horas debajo del agua, y volvió á presentarse á la vista en una distancia de cinco leguas del punto de partida.

El mismo resultado feliz tuvieron los grandiosos ensayos practicados con el buque submarino llamado *el Nautilus* para hacer volar una mina. Los proyectiles huecos empleados en estos ensayos, que el mismo Fulton inventó y llamó torpedos y torpillos, fueron de efecto tan extraordinario, que una lancha anclada á 300 pasos de aquel buque reventó al primer tiro. Este ensayo, que llamó en Brest la atención universal, tuvo lugar en presencia del almirante Villeret y de una gran multitud. Desgraciadamente no se realizaron las esperanzas que esta nueva invención hizo concebir después de haber obtenido un resultado tan feliz, pues durante todo aquel tiempo ni una sola embarcación enemiga se presentó tan inmediata á la costa que se hubiera podido hacer uso del *Nautilus*.

De mal humor por las cuantiosas sumas empleadas inútilmente en esta empresa, mandó el primer cónsul notificar á Fulton que el gobierno no le podía facilitar en lo sucesivo mas auxilios. Con esto se desvanecieron para siempre las esperanzas que el ingenioso constructor de máquinas había fundado en la Francia para ver realizados sus proyectos, y entonces dirigió su vista hácia Inglaterra.

En Londres se había prestado ya hacia tiempo la mayor atención á los trabajos que se hacían en el Havre: el mismo lord Stanhope había hablado en el Parlamento con énfasis de ellos, y se había formado una sociedad de particulares con el objeto de vigilar todo lo que en Francia se emprendía en este asunto, y de hacer en todo lo posible inofensiva para la Inglaterra cualquiera tentativa de esta naturaleza. Un informe que tuvo su origen en esta fuente, dió motivo al ministro lord Sydney para enviar un agente á Fulton para ofrecer al inventor de los torpedos 45,000 dólares para que se trasladase á Inglaterra. Logróse este plan, y pronto tuvo la Francia en contra suya á las armas despreciadas del americano.

El 10 de octubre de 1805, la armada francesa, anclada en el puerto de Boulogne, había de ser aniquilada por medio de los torpedos de dos buques submarinos. Estos, sin embargo, no supieron orientarse en la noche oscura, y trataron en vano de llegar bajo el agua á los costados de los buques enemigos, reventando enjambrados enteros de cohetes submarinos, sin ocasionar gran daño.

Aunque los ensayos hechos ulteriormente en el Támesis atestiguaron de un modo brillante la práctica de la invención de Fulton, sin embargo, el gobierno inglés, en vista de la primera empresa frustrada, se vió autorizado á negarse á las reclamaciones posteriores del inventor. No obstante, se le hicieron bajo la mano proposiciones de comprarle su secreto con la condición de no hacer ningún uso propio de él en lo sucesivo. Por el interés de su patria rechazó este ofrecimiento, y se embarcó para los Estados Unidos en octubre de 1806. Desde este período parece que puso todo su afán en perfeccionar el buque de vapor, inventado por el marqués de Jouffray, en lo cual alcanzó tal éxito, según es sabido, que su nombre eclipsó casi enteramente al del verdadero inventor.

Lo único que se refiere es que se hicieron aun en el año de 1806 en Walmen algunos ensayos con los torpedos y el buque submarino, obteniendo en ello tal resultado, que el congreso americano concedió la suma de 5,000 dólares para continuar los experimentos de esta clase.

Sea lo que fuere, el caso es que el genio de Fulton fué el que abrió el primer camino en el dificultoso terreno de las minas y la navegación submarina, y que los buques-buzos que en la actualidad se han presentado en los puertos de mar de Francia se hallan contruidos bajo los mismos principios que aquel *Nautilus* del americano.

No podía faltar que á pesar de los grandiosos acontecimientos militares de aquel tiempo, muchas personas inteligentes de Alemania se sintiesen animadas por la oscura noticia de los trabajos de Fulton á emprender una tarea semejante.

El que mas se distinguió en el particular fué el sabio profesor Zacharia, en Rosleben, que en el año de 1807 formó el proyecto de una campana de buzo movable, y á la cual se podía dar dirección, cuyo proyecto sin embargo, á pesar de hallarse bien fundado en principios científicos, nunca ha podido realizarse por desgracia.

Los malogrados ensayos que con máquinas infernales submarinas hicieron Perisot y Paischans en los años 1810 y 1811 hubieran quizás tenido un mejor resultado,

si ante todo hubieran sido calculados con la profundidad científica de aquellos matemáticos alemanes. ¿Y qué ventaja práctica podía también proporcionar un buque de mina submarino construido por el sistema de Perisot, cuando necesitaba la presión del buque enemigo para su explosión? El mismo buque submarino, aunque hubiera estado tripulado, habría andado frecuentemente errando sin fruto, y difícilmente se le hubiera podido dar dirección, cuanto mas un brulote sin tripulación, pues este nunca ha tenido buen resultado, según nos enseña la historia de la guerra.

En el año de 1821 se construyó en los astilleros del Támesis un buque submarino con un fin muy particular. Un hombre llamado Johnson, que antes había sido capitán de un buque contrabandista, movido por la promesa de una grandiosa recompensa, había formado el atrevido plan de arrebatarse á Napoleón de Santa Elena, y pensaba con este fin burlar la vigilancia de los cruceros ingleses, valiéndose para ello de un buque submarino. Pero cuando el buque estaba casi concluido, llamó la particularidad de su construcción la atención del gobierno, de modo que este cayó en sospechas y mandó confiscar el buque. La muerte de Napoleón, acaecida á poco tiempo, frustró cualquiera empresa ulterior de esta clase por parte del decidido aventurero Johnson, al cual, sea dicho de paso, se había prometido una recompensa de 40,000 libras esterlinas para el día en que se diera en vela con su buque para Santa Elena.

Los progresos que desde entonces se han hecho en la construcción de máquinas, en el conocimiento de las corrientes del mar y en el tecnicismo de la construcción de buques, avivaron nuevamente en los últimos años la esperanza de poder resolver completamente el problema de los buques submarinos. El que parece haberse aproximado mas á ello es el francés Alexandre, cuyo bote se hicieron ensayos el 5 de marzo de 1850 en el puerto militar de Brooklyn, cerca de Nueva York. El inventor y dos compañeros mas se sumergieron en esta ocasión á una profundidad de 50 piés.

Un pequeño telégrafo eléctrico en la superficie del agua mantenía la comunicación del buque con el comodoro Saller, el que en unión con los hombres mas importantes de la marina norte-americana se había presentado para examinar é informar sobre esta empresa. Por orden suya subió de la profundidad el buque poco á poco, y habiéndose repetido este ensayo varias veces con el mismo éxito, no puede disputársele á Alexandre el mérito de haber vencido felizmente la principal dificultad en el problema de los buques submarinos, es decir, la subida y bajada arbitrales de un buque que se mueve debajo del agua.

Su buque tiene la forma de un huevo, 30 piés de longitud con 10 de anchura en el centro; está compuesto de planchas de hierro, y contiene para dar luz á los dos departamentos en que se divide, dos fuertes cristales lenticulares en la cubierta. En el camarote hay un aparato para la formación del gas oxígeno y la corriente del aire con el fin de reproducir rápidamente el aire consumido, en vista de que no contiene ninguna otra comunicación con el aire atmosférico por medio de tubos etc.; en el otro espacio está la maquinaria. Un solo hombre puede poner en movimiento á todo el aparato de la bomba, y además dirigir el timón. Seis hombres pueden permanecer varias horas sin incomodidad en el bote. Esto es todo lo que, después de rebajar la parte increíble, puede referirse sobre la invención de Alexandre, siguiendo las pomposas noticias de los periódicos de los Estados Unidos.

Un ensayo semejante, que al año siguiente, 1.º de febrero, se hizo en Kiel con el buque submarino del artillero Bauer no tuvo un resultado tan feliz. La intención era destruir con un buque que tenía petardos submarinos la escuadra dinamarquesa que se hallaba anclada en Sundesvitt; pero después de concluidos todos los preparativos, sobrevino una helada, la que obligó á la escuadra danesa á ganar el alta mar. El buque de Bauer tenía poco mas ó menos la figura de un yate, y en la proa había una especie de tubo con ventanas redondas, y una apertura donde entraba y salía la tripulación. Además contenía guantes de gutapercha, con los cuales pegaba el que dirigía el buque los toneles de pólvora que se tenía preparados para la explosión, y encendía estos por medio de una pila voltaica.

Las paredes del buque eran de planchas de hierro colado; sin embargo, estas, como también la máquina hidráulica, no parecían haber sido lo suficiente fuertes. La culpa de esto la echaba el constructor á los escasos recursos, que negados por la regencia, habían sido reunidos por suscripción en el ejército de Schleswig.

Al hacerse la prueba, no pudo el buque sumergido volverse á subir, como lo temía su inventor, y fué bajando aun 15 piés mas hasta que llegó al fondo.

Una abertura que al mismo tiempo se había formado en la parte inferior, amenazó la vida de Bauer y de las dos personas que le acompañaban; pero esta circunstancia los salvó, pues el aire cada vez mas comprimido por el agua que penetraba, ayudó á abrir la lumbrera de arriba; en cuya consecuencia fueron arrojados como un pedazo de corcho á la superficie del agua, y salvados de este modo los tres que se creían ya perdidos.

El buque submarino de 70,000 libras de peso no pudo ser sacado por mas esfuerzos que se hicieron, y descansa aun en el fondo del puerto de Kiel. Bauer se dirigió después con su invención á la comisión de marina austriaca en Trieste, pero parece que esta no secundará sus afanes.

Según noticias de Burdeos, ha creado recientemente el doctor Payerne, no solo un buque, sino hasta un vapor submarino.

En octubre de 1852 presentóse este buque al ministro de Marina, y su inventor se obligó á pasar el canal y á desembarcar en cualquier punto de la costa inglesa que se le indicara. Esta noticia, dada por los periódicos, bien necesita afirmarse antes, pues es difícil concebir el servicio que semejante buque ha de prestar, debiendo su humeante chimenea descubrir siempre su oculta aproximación, y además no se sabe cómo se ha de reemplazar bajo el agua la gran cantidad de gas oxígeno que por el fuego se consume.

Mas bien podía pensarse en la aplicación de la máquina de aire de Ericson con motivo de la propulsión de los buques submarinos, aunque este proceder motivaría á la verdad considerables dimensiones del cuerpo del buque.

Si se logra pronto, según todas las apariencias, emplear la fuerza electro-magnética para mover las máquinas, podrá hacer uso de aquella para el objeto en cuestión. Con todo no esperamos, aunque poseamos semejantes buques, el poder hacer grandes y científicos viajes de descubrimiento para reconocer el fondo del mar y examinar la corriente en las diferentes alturas del Océano, ni emprender expediciones en busca de bancos de perlas ó de sumergidas armadas de plata.

La presión del agua, que aumenta á medida de la profundidad, y la falta de instrumentos de orientación que pudieran emplearse en lo profundo del mar, ponen ya desde el principio límites muy reducidos á la aplicación de cualquier buque submarino, por mas perfecta que sea su construcción.

Para revisar los alambres del telégrafo submarino, y en todas las ocasiones en que pueda usarse la campana de buzo, prestará muy buenos servicios un buque submarino tripulado. En cambio un buque semejante podrá emplearse con provecho en un combate naval, siempre que su uso reemplace al de los brulotes. En este caso ofrecen los ataques con buques submarinos la ventaja sobre los brulotes ordinarios, que primero pueden emprenderse igualmente de día ó de noche, y luego que no hay medio de ir al encuentro del enemigo que se acerca por debajo del agua, y que por último el buque submarino pierde en semejantes expediciones únicamente las minas ó aparatos necesarios para la explosión, mientras que el brulote se consume por su propio fuego mientras ejerce su efecto.

Con respecto á las minas submarinas, estas han sufrido desde el tiempo de Tulton una considerable perfección con los ensayos de Paischans, del coronel Pasley (1839 y 1840) y del ingeniero Nasmyth, y bien podría suceder que su uso combinado con los buques que navegan debajo del agua promoviera algunas modificaciones en la táctica naval que hasta aquí se ha seguido, verbigracia el empleo mas general de los buques de vapor de guerra.

Lava fusible.

Ahora que ha pasado la moda del asfalto, se ha dado á luz actualmente en Paris una semejante, pero mejor producción, á que se ha dado el nombre de *lava fusible*, y de la cual se cuentan cosas extraordinarias, pero sin dar datos exactos sobre su composición. Esta masa maravillosa, ó bien que puede servir al mismo tiempo de material plástico y de empedrado de las calles. Ni el agua ni el aire influyen sobre esta lava, y huyen de ella la putrefacción y el salitre en los edificios. ¿Y por qué no? ¿sería imposible componer una sustancia que, hecha fusible en un horno portátil bajo un grado bastante elevado de calórico, adquiriese y conservase una estructura vítrea y al mismo tiempo flexible?

El cometa que ha aparecido el 19 de agosto, á las ocho y seis minutos de la noche en muchos puntos de Europa á la vez, se encuentra cerca de la constelación del *Leon*, al pié de la Ursa mayor, en una línea que parte de la estrella N y va á unirse con la magnífica estrella Arcturus.

El cometa se ha visto hasta el 7 de setiembre cinco horas escasas después de puesto el sol. Su cola, al principio pálida y poco visible adquiría mas brillo de noche en noche.

La venida de este cometa ha sido instantánea como el que apareció en marzo de 1843; pero sus elementos provisionales tienen alguna analogía con los del célebre cometa de Lexell, descubierto en 1770, que pasó entre los satélites de Júpiter sin ocasionar el mas leve trastorno á sus movimientos, y se acercó á la tierra hasta la distancia de 600,000 leguas.

Sin poderlo erigir en ley, se ha observado que la presencia de cometas coincidía casi siempre con modificaciones en el estado atmosférico; frecuentemente, estas modificaciones consisten en un aumento de calor, como sucedió con el cometa de 1680, que no ha de volver en 88 siglos, ó con el célebre de 1811, que nuestra generación puede aun recordar.

Pero sucede á veces que se verifica el fenómeno contrario: así el cometa de 1729 coincidió con muchas lluvias y una grande intemperie climática. El cometa de 1853 parece haber producido hasta ahora los mismos resultados, y coincidir con perturbaciones atmosféricas muy violentas.

EL HAVRE.

He aquí la ciudad laboriosa por excelencia, centinela siempre alerta y en pié, contemplando por un lado á la patria á quien enriquece y glorifica, y por otro el Océano, vasto dominio que le está en parte sometido. Hablar del Havre es como cantar las glorias de la Francia. La industria, el comercio, el trabajo eterno de esta laboriosa ciudad es la industria, el comercio y el trabajo de la nación. La fundación misma del Havre puede mirarse como un milagro. El Océano y la Inglaterra se han opuesto constantemente á la existencia de dicha ciudad; pero la ciudad se ha obstinado en vivir domando al Océano y echando fuera á los ingleses.

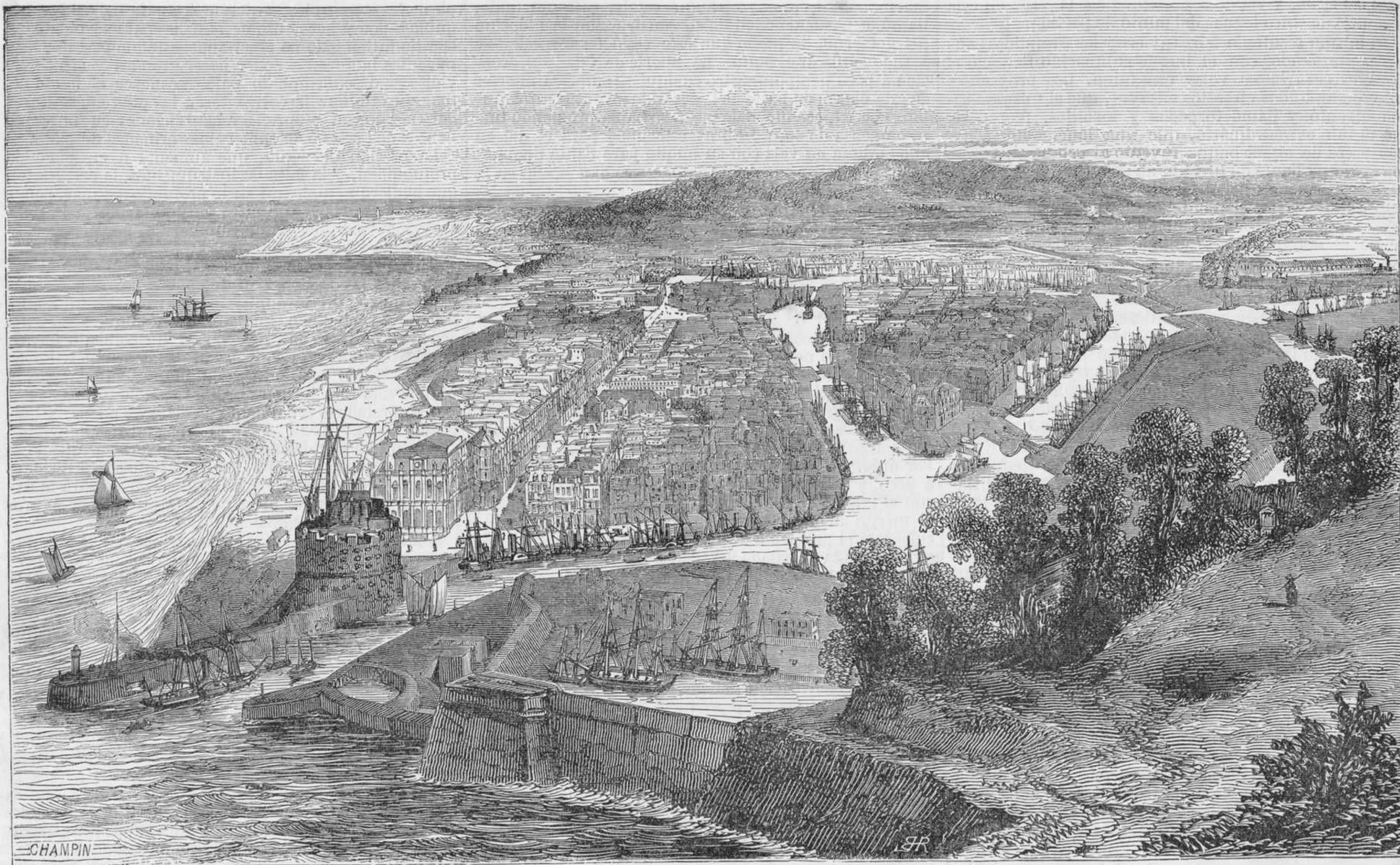
El Havre es uno de los principales puertos de la Fran-

cia para la importacion. Su situacion á la embocadura de un rio ancho y profundo, su proximidad á Paris, la ventaja que le da el Sena para comunicarse con varios departamentos del interior, todo favorece al comercio de una poblacion que puede considerarse como centro industrial del mundo entero. La ciudad está situada en el ángulo formado por la orilla derecha del Sena y por el Océano, en una fértil llanura, que hasta el siglo XV era un terreno pantanoso. El agua del mar ha debido cubrir aquel terreno en tiempos mas remotos. El Norte de dicha llanura está limitado por algunas colinas en que abundan los bosques y las casas de campo, distinguiéndose en un extremo el pueblo de Ingouville, tan agradablemente situado.

El comercio especial del Havre es el de los géneros

coloniales directamente importados, y de unos 15 años á esta parte la exportacion de algunos productos de la Francia. Este comercio va tomando un aumento considerable, merced á lo cual la importancia del Havre se ha elevado tambien sobre todos los puertos del Océano, siendo la ciudad de Burdeos la que mas ha sentido los efectos de esta rivalidad.

Las exportaciones se dirigen principalmente á la Inglaterra, al Norte y al Levante, y particularmente á los Estados-Unidos, Méjico y el Brasil. Estas exportaciones consisten en bueyes, manteca de vacas, pescados, bacalao, vino de Champaña y de Borgoña, aguardiente, aceite, quesos, paños, telas de todas clases, sombreros, medias, zapatos, bisutería, platería, hierro, guarniciones, jabon, pólvora, balas, armas de fuego, etc. Las



El Havre á vista de pájaro.

importaciones son de algodón, añil, azúcar, café, cacao, gomas, marfil, maderas finas y otros muchos productos con que las ricas regiones de la América surten al mundo antiguo.

Descripcion del bordado.

- | | | |
|---|--|---|
| <p>1. Cuello mosquetero imperial, bordado, encaje y feston, dibujo de alta novedad.</p> | <p>2. Guarnicion para manga duquesa adecuada al cuello.
 3, 4, 5. Papalina de niño pequeño, bordado al feston mate y punto de rosa.
 6. Guarnicion de enaguas y bordado inglés, con rueda llamada molinete.
 7. Ala de papalina de señora al plumetis inglés, forma un poco á la María Estuardo.
 8. Casco de papalina; un poco de pluma aumenta su riqueza.
 9. Dibujo de punto de Alençon para guarnicion de mantelita y volante de vestido de muselina.
 10. Entredos de punto de feston.</p> | <p>11. Esther, bordado al cordoncillo y feston.
 12. Pamela, el mismo género.
 13. Palmyre, plumetis ligero.
 14. Christine, plumetis florido y rico.
 15. Virginia, plumetis fácil.
 16. Emma, el mismo género.
 17. Charlotte, plumetis, y punto de plumetis rico.
 18. Zoé, feston mate.
 19. Agnés, feston inglés.
 20. M. C., punto de cadeneta.
 21. C. L., idem.</p> |
|---|--|---|

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

<p>Para la HABANA. \$ 12 fuertes. — el interior de la ISLA DE CUBA. \$ 15 » — PUERTO RICO (San Juan). \$ 12 50 macq. — el interior de la ISLA DE PUERTO RICO. \$ 18 50 — las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIRME. \$ 12 fuertes. — la PROVINCIA DE CUMANÁ. \$ 12 75 » Un número suelto. 2 1/2 rs. fs. — la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes). \$ 14 »</p>	<p>Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO. \$ 15 » — el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA. \$ 16 » Un número suelto. 3 rs. fs. — VERA CRUZ Y TAMPICO. \$ 13 fuertes. Un número suelto. 2 1/2 rs. fs. — MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA. \$ 15 fuertes. — todo el interior de la República. \$ 18 fuertes. Un número suelto. 3 1/2 rs. fs.</p>
--	---